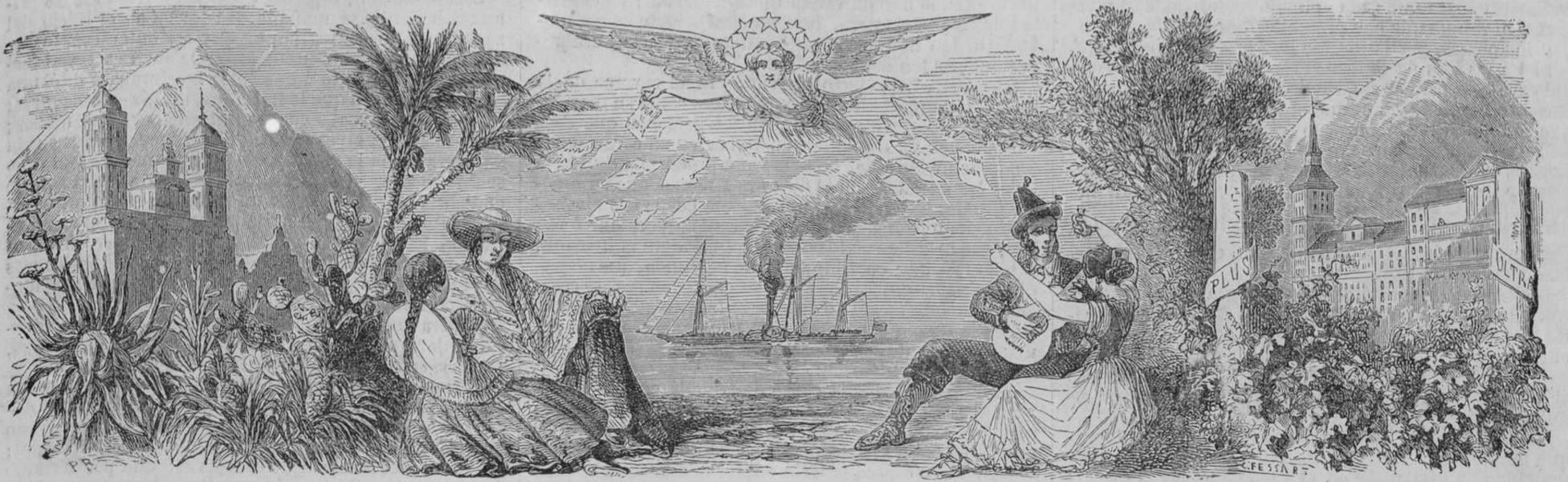


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1858. — TOMO XII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administración general, passage Saulnier núm. 4, en Paris.

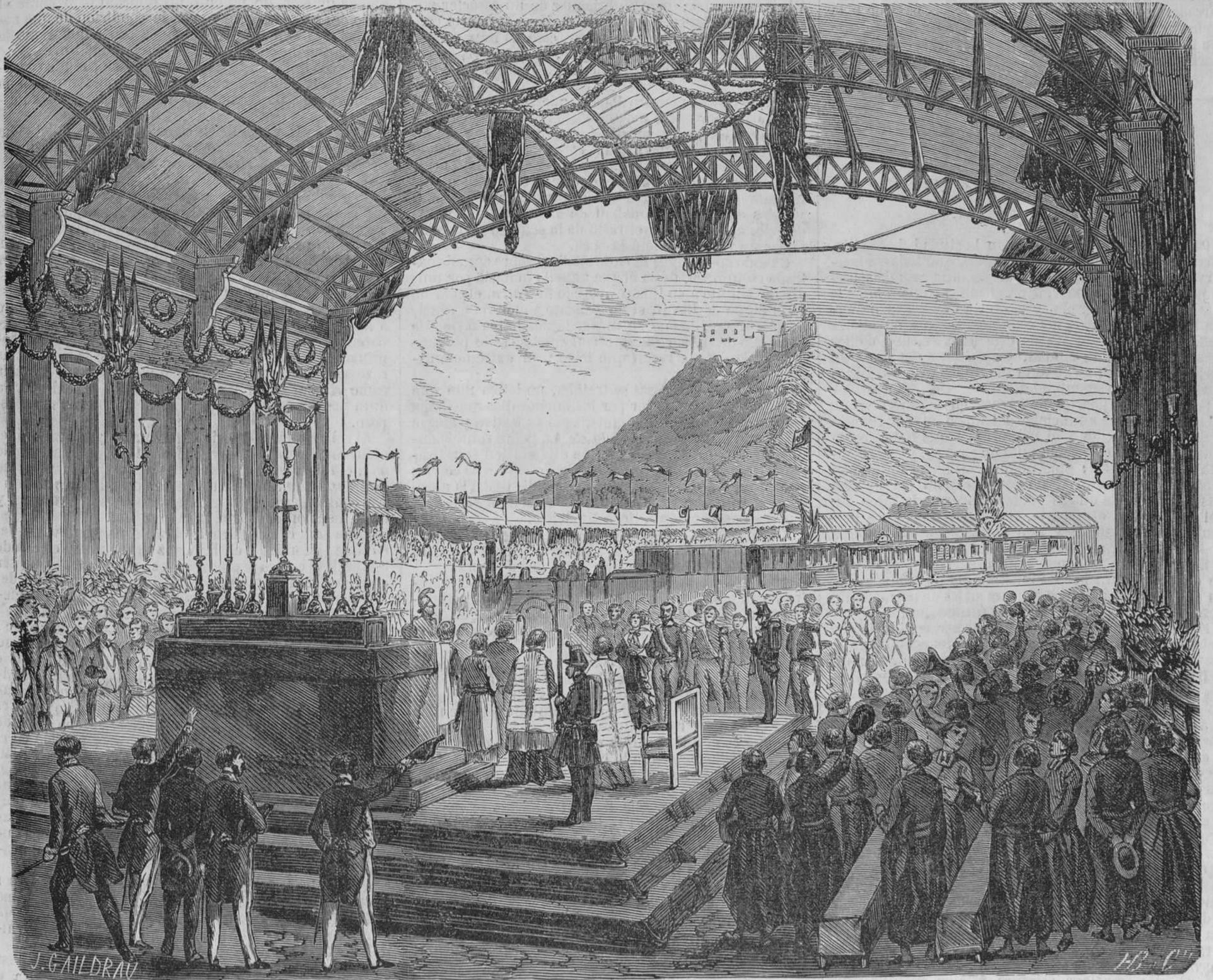
AÑO 17. — N° 296.

SUMARIO.

Llegada de SS. MM. al embarcadero del ferro-carril de Cherburgo; grabado. — Estudios recreativos. — Población de la tierra. — El campamento de los convidados á las fiestas de Cherburgo; grabados. — Llegada

y recepción de la reina Victoria á Cherburgo; grabados. — Revista de Paris. — Presentación y recepción de los dramas en Grecia. — Inmersión del dique y varada de la Ville-de-Nantes; grabados. — La feria de las vanidades. — Inauguración de la estatua de Napoleón I; grabado. — Dormitorio de la emperatriz á bordo

de la Bretagne; grabado. — El canastillo regalado por la ciudad de Caen; grabado. — El teatro del embarcadero de Cherburgo; grabado. — Filosofía. — Revista de la moda. — Fragmentos de un viaje; grabado. — Medalla conmemorativa de las fiestas de Cherburgo; grabado.



LLEGADA DE SS. MM. EL EMPERADOR Y LA EMPERATRIZ AL EMBARCADERO DEL FERRO-CARRIL DE CHERBURGO, EL 4 DE AGOSTO DE 1858.

Cherburgo.

LLEGADA DEL EMPERADOR Y DE LA EMPERATRIZ Y
BENDICION DE LAS LOCOMOTORAS.

Consagramos este número en su mayor parte á las fiestas de Cherburgo cuya relacion debemos cortar forzosamente, para que cada episodio corresponda exactamente al dibujo que con él publicamos.

Principiamos por la llegada de SS. MM. á Cherburgo.

El 4 á las tres de la tarde el público numeroso convido á este primer cuadro de las fiestas esperaba impaciente la señal, y aunque el sol abrasaba las gradas que se habian levantado á lo largo de la via hasta el embarcadero, ningun puesto estaba desocupado; las señoras de Cherburgo, vestidas con sus atavíos mas lujosos, preparaban sus pañuelos para saludar á tan augustos huéspedes.

El embarcadero, ricamente colgado, estaba cubierto por dentro de banderas y banderines que producian el mas bonito efecto.

Los espectadores agrupados en las gradas se levantaron á la llegada de SS. MM. y las saludaron con los gritos de ¡ Viva el emperador! ¡ viva la emperatriz! ¡ viva el príncipe imperial!

El alcalde de Cherburgo dirigió á S. M. un discurso al que contestó el emperador con las palabras siguientes:

« Señor alcalde: os agradezco las buenas palabras que acabais de dirigirme; me felicito de venir á vuestra ciudad á inaugurar en el seno de la paz obras gigantescas comenzadas durante la guerra por el emperador mi tio. Bien sabeis que prepararse para la defensa es asegurar y garantizar la paz. »

S. M. la emperatriz recibió despues el homenaje de las señoras de la ciudad, que la ofrecieron flores y encajes del pais.

Habian elevado un altar en medio del vasto recinto, y el señor obispo de Coutances y de Avranches habló á SS. MM. que permanecieron en pié y procedió despues á la bendicion de las locomotoras (Véase la página 148.) Doscientos miembros del clero se hallaban agrupados en frente de SS. MM., y entonaron con ardor el *Domine salvum*.

Despues de la recepcion de las autoridades en el embarcadero, el emperador y la emperatriz pasaron á la Prefectura atravesando las oleadas de una muchedumbre inmensa que las acompañó con sus vivas y aclamaciones.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

EL MAESTRO PARRA.

ANÉCDOTA HISTÓRICA.

Por los años de 1790 existía en la ciudad de Sevilla, y en la esquina de una de sus calles, que todavía conserva el nombre de *calle de Gallegos*, una casa de aspecto pobre, con dos puertas practicables, una á la calle que dejamos nombrada, y la otra á una plaza de forma irregular llamada del *Salvador*, porque en ella se halla la iglesia colegiata de este nombre, una de las mas notables de la ciudad, y que sería sin duda su mejor templo, á no existir la magnífica catedral gótica tan justamente renombrada.

Sobre ambas puertas de la casa en cuestion véase una muestra que anunciaba del modo mas ingenioso posible la profesion y el nombre del que habitaba en ella. La muestra contenía pues una *parra*, y á su sombra varios *zapatos*; objetos que, si bien no estaban pintados con maestria, no se apartaban del natural hasta el punto de que se pudiese dudar de la intencion del artista. Por otra parte, el maestro *Parra* era bastante buen zapatero; y aun sin aquel ardid hubiera podido extender su fama con mas ó menos trabajo.

En la época á que nos vamos refiriendo, su tienda de *obra prima* era la mas renombrada de la ciudad, y en ella se calzaban todos los personajes de mas cuenta, desde el señor Asistente hasta el último golilla.

Esta parroquia, que no dejaba de ser envidiada por todos los del oficio, proporcionaba al maestro *Parra* el trato frecuente de lo mas florido de la ciudad, y hasta le habia facilitado el compadrazgo de uno de los señores oidores de aquella Audiencia, que se habia prestado gustoso á sacarle un niño de pila.

Aunque entonces habia un deslinde mas marcado entre las clases de la sociedad, y las categorías de posicion y de nacimiento ocupaban la plaza que hoy corresponde exclusivamente á los billetes de banco, no por eso las personas de elevada gerarquía se desdénaban siempre de alternar con los artesanos honrados.

El taller de nuestro buen menestral era de esto una prueba. Por las tardes se solian reunir allí á jugar á las damas un caballero *veinte y cuatro*, un maestrante y el señor oidor, que con el barbero de enfrente, el sochantre de la colegiata y el mismo dueño del establecimiento sostenian reñidas pendencias de peon á peon y de dama á dama sobre sendos tableros que la maestra limpiaba esmeradamente todos los dias.

El maestro *Parra*, hombre de cuarenta á cuarenta y cinco años, sonrosada color, ojos alegres y chispeantes, cabello gris, mediana estatura y algo protuberante abdomen, tenia un carácter alegre, bullicioso, decidior

y algo entrometido; se sabia de memoria todos los cuentos de Juan de Timoneda, todos los romances de Gines Perez de Illita, un millon de anécdotas mas ó menos chistosas, mas ó menos extravagantes, atribuidas por él gratuitamente al pobre de don Francisco de Quevedo.

Esta especie de erudicion *sui generis* de que aquel hacia gala, le habian valido una reputacion; y la amistad del maestro *Parra*, hombre tan alegre como inofensivo, tan honrado como amable y servicial, era generalmente tenida en mucho.

Su mujer, bajo cierto aspecto, era el reverso de la medalla. Aunque honrada y laboriosa como su marido, y no menos amable que él con las personas que concurrían á su establecimiento, habia en su carácter un fondo de melancolía, que en vano procuraba ocultar á todas las miradas; tenia diez años menos que su esposo, y todos los creían de una misma edad; sus ojos estaban siempre rodeados de un círculo amoratado ó rojizo, sus mejillas pálidas, su semblante sin animacion, y todo revelaba en ella una pena profunda, que no pudiendo nadie descubrir al través de su reserva, se creía generalmente efecto de alguna enfermedad interior de esas que poco á poco gastan y consumen la vida, sin manifestarse nunca lo bastante para que se le pueda combatir de frente.

Nadie sospechaba la causa de aquella continua tristeza, á pesar de hallarse á la vista de todo el mundo; nadie se explicaba cómo podia ser infeliz una mujer que en su clase gozaba de todas las comodidades de la vida, y cuyo esposo parecia expresamente criado para difundir á su alrededor una felicidad envidiable.

Sin embargo, la desventura de aquella mujer procedia precisamente de la conducta de su marido; porque el maestro *Parra*, con su carácter dulce y alegre, con todas las buenas cualidades que pueden adornar á un hombre, tenia un vicio que le dominaba, y este vicio era el de amar con extremo el fruto de su propio apellido.

Todos le conocian, pero ninguno le motejaba la flaqueza de ser algo mas de lo regular aficionado al mosto; porque como hombre de régimen, y además como buen hijo de san Crispin, tenia destinados los lúnes á Baco; y solo en este dia, en que ninguno de sus contertulios venia á turbarle, se entregaba completamente á la embriaguez; pero embriaguez de un carácter puramente doméstico, por cuanto lo hacia á puerta cerrada y por el gusto solo de beber, cosa no muy comun en los que á tal vicio se entregan; pues por regla general siempre va acompañado de escándalos y de disgustos.

Las monas del maestro *Parra*, que así las llamaban en el barrio y entre sus amigos, eran á juicio de todos monas inocentes, sencillas, de puro placer y sin ulteriores consecuencias; todo el mundo celebraba el medio decoroso que el zapatero habia sabido encontrar para *privarse*, al mismo tiempo que de la bebida, del ridículo que trae consigo una *mona* lucida y paseada; y todos al fin le perdonaban de buena voluntad este defecto, al ver que en el resto de la semana no llevaba jamás un vaso de vino á la boca.

Cuando sus amigos le embromaban sobre aquella extraña costumbre, decia él que aquello lo hacia por rendir un tributo á su ilustre apellido de *Parra*, el cual no sería digno de llevar, si no dedicase aquel dia á santificarlo. El apellido de su madre jamás habia forma de hacérselo decir, por mas que con empeño se lo preguntaban, dando por razon que le era en extremo anti-pático.

Cuando de estas cosas se trataba, no habia uno que no felicitase á su mujer por los buenos dias que debia hacerle pasar su marido, amenizado su festivo y alegre carácter con el granillo de *alpiste*. La pobre sonreía entonces tristemente, y en mas de una ocasion se retiraba al interior de la casa, de donde volvia luego con los ojos enrojecidos por el llanto; pero nadie fijaba la atencion en ello, acostumbrados como estaban á verla casi de continuo pensativa, llorosa y triste.

Veamos ahora qué era lo que pasaba todos los lúnes en el doméstico hogar del zapatero, y fácilmente se comprenderá la continua amargura de su esposa.

Apenas el sol abria los ojos, abríalos tambien el maestro *Parra* para fijarlos con placer en dos enormes botijas, de aguardiente la una y de vino la otra, que dejaba preparadas el domingo, al tiempo de acostarse, á la cabecera de su lecho.

En seguida se levantaba con aire de triunfo, y decia á su mujer, señalando á las botijas:

- Manuela, vamos á saludar á mis parientes.
- ¡ Otra mas! contestaba la esposa con voz humilde y los ojos llenos de lágrimas.
- Hoy es el último lúnes que me emborracho.
- ¡ Cuántas veces me lo has ofrecido!
- Te aseguro que esta es la última vez.
- Pero si sabes que te vuelves loco, que me maltratas horriblemente, y que luego tú mismo te quedas como muerto, durante el resto del dia y toda la noche.
- Es verdad; pero... Te digo que hoy nada mas. Ya ves, yo me llamo *Parra*; este licor sale... como si dijéramos de mí mismo... Hoy nada mas; déjame despedir de mi familia.
- Haz lo que quieras.
- Sobre todo que no se enteren nuestros parroquianos...
- ¿ De que me maltratas? Ya sabes que por tu mismo honor á nadie se lo he dicho. Eso te haría perder su consideracion y su amistad, y se hablaría de tí en el barrio.

— ¡ Pobre Manuela!... La última vez, la última vez. Y á pesar de esta exclamacion, era tal el afecto que el maestro *Parra* profesaba al líquido que él llamaba su familia, que sin poder contenerse, se echaba las botijas á pecho, y no las dejaba hasta despues de haber trasegado á su estómago una buena parte de su contenido.

Esta operacion, repetida diferentes veces en las primeras horas de la mañana, trastornaban el juicio del zapatero y lo convertian en otro ser enteramente distinto del que era habitualmente. De alegre y jovial tornábase en taciturno é irascible; apoderábase de él una especie de locura que le hacia prorumpir en amenazas; rompía y destrozaba cuanto podia haber á las manos; daba furiosos golpes á su infeliz mujer, que los sufría en silencio con la resignacion de una mártir, y al cabo se dejaba caer al suelo, dominado por aquella especie de fiebre, insensible como un cadáver; y sin otro movimiento que el de su agitada respiracion, era conducido al lecho por la pobre *Manuela*, que velaba á su lado hasta la mañana siguiente, en que abria los ojos para pedirle perdon, al saber los excesos que involuntariamente habia cometido.

Tal era pues la causa de la continua tristeza de aquella mujer que, saliendo de la regla general de su sexo, prefería su dolor á publicar las faltas de su esposo.

Pero el tiempo pasaba; los lúnes, aquellos dias tan fatales para ella, se sucedían con una uniformidad dolorosa, á pesar de las promesas del marido, tan pronto hechas como olvidadas. La infeliz mujer era ya madre; tenia dos existencias que conservar; veía por término á aquellos horribles periodos algun desastre mas horrible todavía, y pidió al Señor con todas las veras de su alma que los librase de aquel infortunio.

En uno de los dias en que con tanta amargura lloraba, acertó á entrar el oidor, que aunque de carácter alegre, como todos los que allí se reunían, era un anciano respetable y naturalmente bondadoso. La mujer del zapatero no pudo ocultar sus amargas lágrimas; su esposo habia salido; el amor filial hacia mas profunda su pena; la franca bondad de su compadre pedia una explicacion á aquel continuo llanto; su discrecion excusaba la confianza y su experiencia podia darle quizás un buen consejo. *Manuela* lo confió todo al oidor, que informado de los pormenores, y despues de reflexionar un rato, le propuso un remedio para curar el vicio de su marido; pero con la condicion de que nadie, ni aun ella misma, habia de saber qué remedio era, hasta el momento de ponerlo en práctica.

El deseo que ella tenia de conseguirlo, le hizo aceptarlo con resolucion, confiada al mismo tiempo en la promesa de que el remedio no perjudicaría á su esposo.

Obtenida la vénia de su comadre, el bueno del oidor empezó á preparar todo lo necesario para el fin que se proponía, y sin decir de ello á nadie una palabra, siguió concurriendo á la tertulia todas las tardes como lo tenia de costumbre, encargando sigilosamente á la mujer del zapatero que sufriese con la misma resignacion que las anteriores la paliza habitual que el lúnes próximo le aguardaba, teniendo por seguro que aquella sería la última que le quedaba que recibir por aquel motivo.

La semana aquella pasóse sin novedad, como todas; las damas y el rentoy dieron sobrado entretenimiento á los tertulianos del maestro *Parra*, para que no se ocupasen en hablar de otra cosa, y por último llegó el domingo, dia que el oidor y el zapatero por distintas razones deseaban; dia temido por la pobre *Manuela* como víspera de su martirio, y mas que todo por la dura prueba á que sin duda iban á exponer á su esposo.

Al salir de la zapateria el sochantre y el barbero, el oidor los citó para la noche siguiente á su casa, dando á la cita tal importancia y misterio, que aquellos no pudieron dudar de que se trataba de un grave asunto; por consiguiente ambos le ofrecieron ser puntuales y estar á sus órdenes á la hora prefijada.

En la casa del maestro de obra prima excusado es decir que el domingo en la noche se repitió la escena de costumbre con sus preparativos, sus protestas de ser aquella definitivamente la última vez, y todos los demás accidentes con que el alumno de san Crispin amenizaba las vísperas de sus extrañas fiestas.

El lúnes comenzó como todos los lúnes comenzaban; solo que el periodo de frenética locura, y por consiguiente la paliza á la pobre mujer, se anticipó algo mas que otros dias, ya porque el líquido fuese quizás mas espirituoso, ya porque la cantidad, y esto es lo mas probable, hubiese sido mayor que de costumbre. Lo cierto es que á las doce del dia *Manuela* tenia el cuerpo lleno de cardenales, y el maestro *Parra* estaba ya tendido en el suelo, sin dar otras señales de vida que su respiracion agitada y frecuente. Su infeliz esposa lo condujo con mil trabajos al lecho, y se sentó á su cabecera, aunque con la seguridad de que todos sus esfuerzos serian inútiles para hacerle que despertase, hasta despues de haber dormido quince ó veinte horas, que eran las que regularmente duraba el efecto del espirituoso narcótico.

A la caída de la tarde vino el oidor á cerciorarse por sí mismo del estado de su compadre, y lo halló como queda dicho, semejante á un tronco, privado de toda sensacion y de todo movimiento, sobre lo cual hizo algunas pruebas que no le dejaron la menor duda.

Satisfecho al parecer del estado de insensibilidad en que el zapatero se hallaba, despidióse de su esposa y encargóle que le esperase á las diez de la noche, en cuya

hora vendria con sus amigos, el sochantre y el barbero, para poner en práctica lo que tenia proyectado.

Las primeras campanadas de la *Queda*, misterioso y lúgubre anuncio del silencio de las altas horas de la noche, resonaban en la Giralda; á su tañido, las calles se quedaban oscuras y desiertas, y solo se veía de cuando en cuando atravesar algun embozado, que á toda prisa iba en busca de su hogar, si ya no era un enamorado mancebo, que con el corazon henchido de ilusiones, se dirigia hácia la reja en que le aguardaba su dama. En la época á que nos referimos pocas personas se atrevían á estar fuera de su casa á las diez de una noche de invierno; y las que por casualidad y sin un poderoso motivo se hallaban fuera de ella á tal hora, corrían á buscarla presurosas á las primeras campanadas de la *Queda*; de modo que solo quedaban en la calle los enamorados y los malhechores; temibles á veces los primeros tanto como los segundos, por el prurito de impedir caprichosamente el paso á los que transitaban, sin otro objeto que el de lucir su valor y su osadía delante de la señora de sus pensamientos, ofreciéndole como un tributo la humillacion del que volvía atrás por evitar la pendencia, ó el peligro de medir sus armas con él en medio de la calle.

La de Gallegos, que como ya hemos dicho se llamaba la del maestro Parra, estaba como boca de lobo y desierta como un cementerio, cuando desembocaron por ella cuatro hombres, que doblando la esquina se pararon en la puerta del zapatero. Los cuatro iban embozados en sus capas, y el último llevaba un bulto debajo de ella, sujeto con una mano, y en la otra conducía una escalera como de dos varas de longitud y media de anchura.

Apenas llegaron á la puerta, el que iba delante tocó el aldabon con cierto misterio, y una voz de mujer respondió en seguida:

— ¿Quién es?

— Somos nosotros; abra Vd., comadre, contestó el que habia llamado, que no era otro que el oidor, siendo los tres que le acompañaban el sochantre y el barbero, que enterados por él, secundaban con gusto su propósito, y un criado de confianza, que era el que llevaba la escalera y el bulto.

La puerta se abrió y los cuatro penetraron en la casa.

Luego que Manuela supo el proyecto que allí los conducía, trató de oponerse á su ejecución; pero tales fueron las razones con que los tres amigos le apoyaron, tal la seguridad que de sus resultados le ofrecieron, y tan grandes eran por fin sus temores de seguir en aquella vida, que dejando á los tres toda responsabilidad ante Dios, ante el mundo y ante su marido, y confiada en la gravedad de los que la aconsejaban, cerró los ojos, ocultóse en su aposento, y los dejó obrar como mejor les pareciese.

No bien quedaron solos los cuatro con el maestro Parra comenzaron las pruebas sobre su insensibilidad, y asegurados perfectamente de ella, el barbero sacó los instrumentos de su oficio, y en un abrir y cerrar de ojos la cabeza del zapatero quedó trasformada en la de un verdadero fraile, con su cerquillo y su corona. El criado sacó inmediatamente el bulto que llevaba debajo de la capa, que era un hábito franciscano, con el cual vistieron al insensible compadre del oidor, y colocándolo en seguida sobre la escalera, como si fuese un cadáver, lo suspendieron entre los cuatro y salieron con él hácia la plaza de San Francisco, donde se hallaba situado el convento de que tomó el nombre.

Llegados á la puerta, soltaron en el suelo la pesada carga; uno de ellos llamó, y al instante salió á abrir un religioso diciendo:

— ¿Qué se ofrece, hermanos?

— ¿Qué ha de ser? respondió el barbero, ocultando el rostro para no ser conocido; que nos hemos encontrado en la calle, al volver á nuestra casa, este pobre religioso de vuestra orden en el lamentable estado que se deja ver, y por respeto á la santa orden lo hemos recogido, y aquí lo traemos para que la comunidad disponga de él lo que tenga por conveniente.

Y dicho esto introdujeron al supuesto fraile en el portal, y con las bendiciones del franciscano atónito se retiraron á aguardar el desenlace de tan arriesgada como diabólica aventura.

Apenas el portero dió aviso al guardian de lo que pasaba, reunió este toda la comunidad, y vió con asombro que no faltaba ningun religioso. Dirigiéronse luego al portal, donde se hallaba aun el maestro Parra, tendido en el suelo; todos le rodearon, todos le examinaron con detencion, pero nadie le conocía. Visto esto, y que el bueno del fingido fraile no respondería, ni daba muestras de salir de su letargo, lo condujeron á una celda, donde lo dejaron encerrado hasta que llegase la mañana, convencidos de que sería algun religioso de uno de los conventos de la provincia, que viniendo á la capital de orden de su superior para algun asunto importante, se habia dejado dominar por el demonio de la bebida hasta caer en aquel lastimoso estado.

Los padres graves de la comunidad se reunieron para tratar del ejemplar castigo que debía imponerse, por su grandísima falta, á quien tan en poco habia tenido el nombre y el decoro de la respetable orden; pero habiendo al fin decidido oír al culpable antes de imponerle una pena, acordaron irle á interrogar cuando ya fuese de día, al salir del coro.

Las seis de la mañana serian apenas cuando el primer rayo de luz que entró por la ventana de la celda en que se hallaba encerrado el maestro Parra, hirió súbitamente sus ojos y empezó á sacarle de su letargo.

Como la *mona* estaba ya completamente dormida y reposada, y era además la hora en que el zapatero tenia costumbre de levantarse, despertó sin dificultad; abrió los ojos, y medio dormido todavía, comenzó á buscar á su mujer á su lado, haciendo entre dientes este monólogo:

— ¡Manuela!... ¡Qué noche tan larga! ¿Manuela?... ¡Qué diablo de cama tan dura!... ¡tengo molidos los huesos!... Pero... ¿dónde estoy? Esta no es mi alcoba... ¡Manuela!

Y gritando así se incorporó en la tarima que le servia de lecho; vióse de tan extraña manera vestido; palpóse la cabeza, y creció mas y mas su admiracion y subió de punto su espanto.

— ¡Qué es esto, Dios mio! exclamó al fin. ¿Es una pesadilla horrible el efecto de mi vicio, ó me he vuelto loco?

Y al decir esto, y disponiéndose ya á saltar en el suelo y á pedir socorro, sintió torcer la llave de la celda, la puerta se abrió, y varios religiosos le rodearon.

El zapatero, mudo de estupor, con los ojos desencajados, inmóvil y con la sangre helada en las venas, miraba al rededor de sí, como si estuviese rodeado de horribles fantasmas.

Al fin uno de los religiosos le habló en estos términos:

— Hermano, diga su caridad quién es, de dónde ha venido, y porqué, con escándalo de la religion y detrimento de su alma, se le ha encontrado anoche ébrio en medio de las calles como un seglar indigno.

El maestro Parra no contestó, no podia contestar una palabra á aquella para él ininteligible pregunta.

El guardian le mandó que respondiese bajo santa obediencia.

El zapatero permaneció inmóvil y mudo.

Los religiosos se miraban unos á otros sin comprender lo que aquello significaba.

Hecha por tercera y cuarta vez la misma pregunta, y viéndose el infeliz amenazado por desobediente, hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y con palabras entrecortadas por la estupefaccion y el miedo respondió de esta manera:

— ¡No se canse Vd. en preguntarme... Que vayan á la calle de Gallegos... esquina á la plaza del Salvador... allí... hay una zapatería... y en ella una mujer... que se llama Manuela... Que le pregunten... si está allí su marido, el maestro Parra... Si el maestro Parra no está allí... entonces... soy yo; pero si está allí... yo no sé quien soy!...

Al mes de esta ocurrencia, la zapatería del maestro Parra habia sido sustituida por una tienda de peínero. Todos preguntaban qué habia sido del maestro de obra prima. Nadie lo sabia positivamente.

Algun tiempo despues un zapatero se establecia en un extremo de la ciudad; á su casa concurrían casi diariamente el oidor, el barbero y el sochantre que ya conocen nuestros lectores; la muestra del establecimiento decia así:

AGUADO, ZAPATERO.

Y era que el maestro Parra habia renegado completamente de su primer apellido, adoptando por fin el de su madre de que antes se avergonzaba.

Jamás pudo perder la costumbre de beber los lunes; pero habiendo aborrecido el vino y toda clase de licores espirituosos, *hoyaba de nuevo á su familia*, al lado de la fuente que en el patio tenia la casa.

Manuela descansó, gracias al ardid de su compadre; el zapatero hay quien asegura que á los pocos años murió opilado.

Yo, lector querido, no soy mas que el eco de la tradicion,

Y no quito ni aumento;
Como me lo contaron te lo cuento.

JOSÉ MARIA GUTIERREZ DE ALBA.

Paris, enero de 1858.

Poblacion de la tierra.

Nunca se ha tratado de un modo completo esta útil é interesante cuestion: algunos sabios juzgando por datos arbitrarios antes que los viajeros diesen á conocer sus recientes descubrimientos, fijaron en mil millones el número de habitantes del globo.

Un distinguido sabio, M. Dietrici, catedrático de la Universidad de Berlin, acaba de dirigir á la Academia de ciencias de esta ciudad una Memoria razonada sobre este importante asunto, que es sin duda el mejor trabajo que en su género se ha publicado.

El autor, despues de consignar algunos cálculos detallados y referentes á cada una de las cinco partes del mundo, eleva la cifra de la poblacion de la tierra á 4,283 millones, cantidad que fracciona de este modo: Europa, 272 millones; Asia, 750; América, 59; Africa, 200; Australia, 2.

Los mejores y mas seguros datos son los referentes á Europa. Las opiniones de los geógrafos le señalan como término medio 258 millones de habitantes; pero como la mayor parte de los geógrafos no han podido tener en cuenta, por razon de la época en que hicieron sus cálculos, los datos recogidos de quince años á esta parte, resulta que la cifra de 272 es visiblemente la que mas se aproxima á la verdad. En todo caso la equivocacion puede referirse á Turquía, Rusia ó á los Estados del Norte; pero seria cuestion de cuatro ó cinco millones á lo mas, cantidad insignificante en una cifra total tan crecida.

Por lo demás el aumento progresivo de la poblacion europea es enorme: en 1787 ascendía á 150 millones de habitantes, segun ciertos cálculos dispuestos por Luis XVI; en 1803 alcanzaba casi á 200 millones.

Mas difícil parece calcular la poblacion del Asia, pues los geógrafos que se han ocupado de ella de veinte y cinco años á esta parte, han presentado cálculos con diferencias verdaderamente increíbles. Algunos atribuyen á esta parte del mundo 390 millones de habitantes, siendo así que solamente la China tiene mayor poblacion.

Actualmente se pueden formar cálculos bastante notables con respecto á la China y á la India, y se poseen documentos en los cuales se proporcionan datos que son tan aproximados como es posible, con respecto al archipiélago indio, las islas Filipinas, las Molucas, las de la Sonda y las Sulú; pero en cuanto al Japon, al imperio de Annam, Tartaria, Persia, Afghanistan y Arabia es preciso atenerse muchas veces á meras conjeturas. La cifra de 250 millones debe estar aumentada sin duda en una octava ó novena parte; pero tal como es, puede considerárela tan aproximada como es posible á la verdad, atendidas las dificultades con que ha de luchar la ciencia en semejantes cuestiones.

Relativamente al Asia, la incertidumbre es todavía mayor.

Sin embargo, el autor de la Memoria ha aprovechado con esmero los trabajos de los últimos exploradores del Africa central, los que se han hecho oficialmente en Argelia, en el Senegal y en el cabo de Buena-Esperanza.

Su cálculo, profundo y meditado como es, adolece visiblemente de alguna equivocacion mayor ó menor; el error puede apreciarse de una cuarta ó quinta parte.

La poblacion de América ofrece mayores probabilidades de exactitud, y es tan conocida como la de Europa.

En cuanto á la Australia, debemos hacer al autor de la Memoria una observacion esencial: no comprendemos cómo puede atribuir á la Australia la quinta parte de la poblacion del mundo, cuando la ciencia y la política reconocen ahora en la Oceanía una de las cinco grandes divisiones de la tierra.

La Australia, á pesar de su importancia y de su inmenso desarrollo, forma parte de la Oceanía inglesa. El autor no ha estudiado bastante las diversas partes de la Oceanía, y por esto es visiblemente inexacta la poblacion que se señala.

Sea lo que fuere, su trabajo es el mejor que se ha publicado hasta el día.

En vista de lo manifestado, se puede decir que la poblacion del mundo, segun los cálculos mas aproximados, varia entre mil doscientos y mil trescientos millones, aproximándose mas á la segunda cifra que á la primera, y que á fines del siglo XIX llegará, segun todas las probabilidades, á la enorme cifra de dos mil millones.

(*Moniteur de la Flotte.*)

El campamento de los convidados

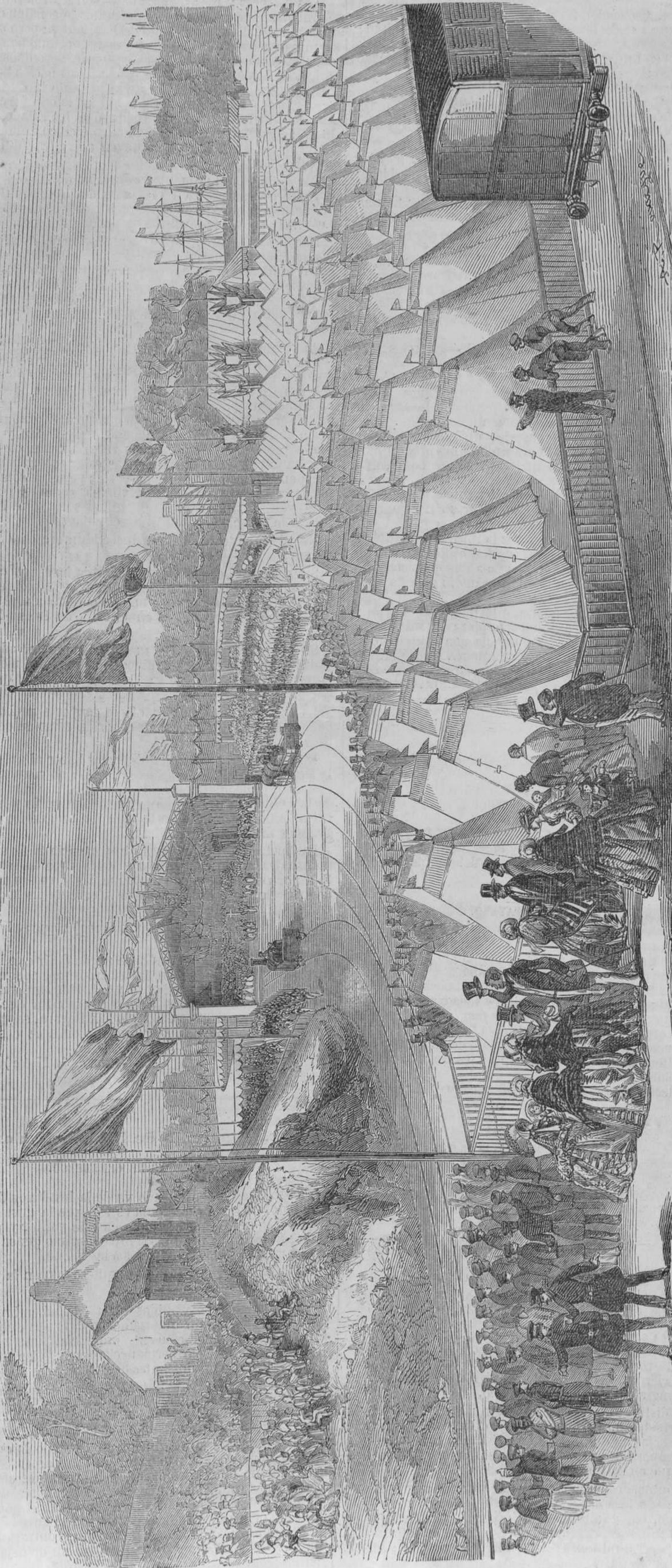
A LAS FIESTAS DE CHERBURGO.

Puesto que hemos hablado ya de la bendicion de las locomotoras, cuya ceremonia es siempre la misma en tales ocasiones, no insistiremos en este punto, y pasaremos á decir dos palabras sobre el aspecto general del campamento de los convidados á las fiestas.

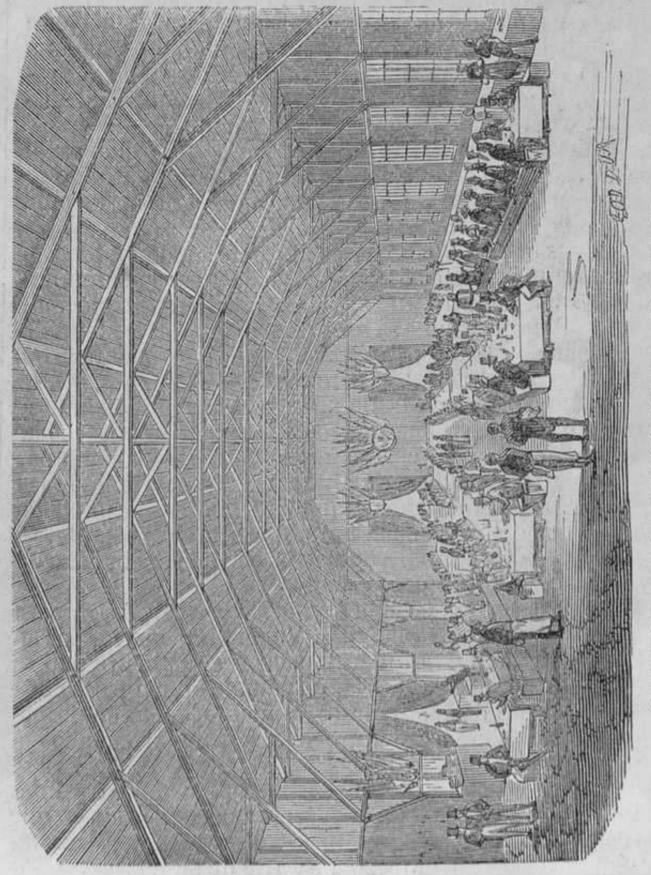
Habla el autor de los dibujos que se ven en la página siguiente:

«Nos hallábamos reunidos unos 1,500 hombres en ese corto espacio, sin que nadie haya tenido que quejarse de esa aglomeracion extraordinaria. Tambien debemos decir que solo permaneciamos bajo las tiendas para tomar algunos instantes de reposo, pues no habiamos ido á Cherburgo para estar encerrados, y nuestra cita general era al amanecer en los inmensos muelles del puerto del comercio, de donde saltábamos á las embarcaciones que nos paseaban por todas partes.

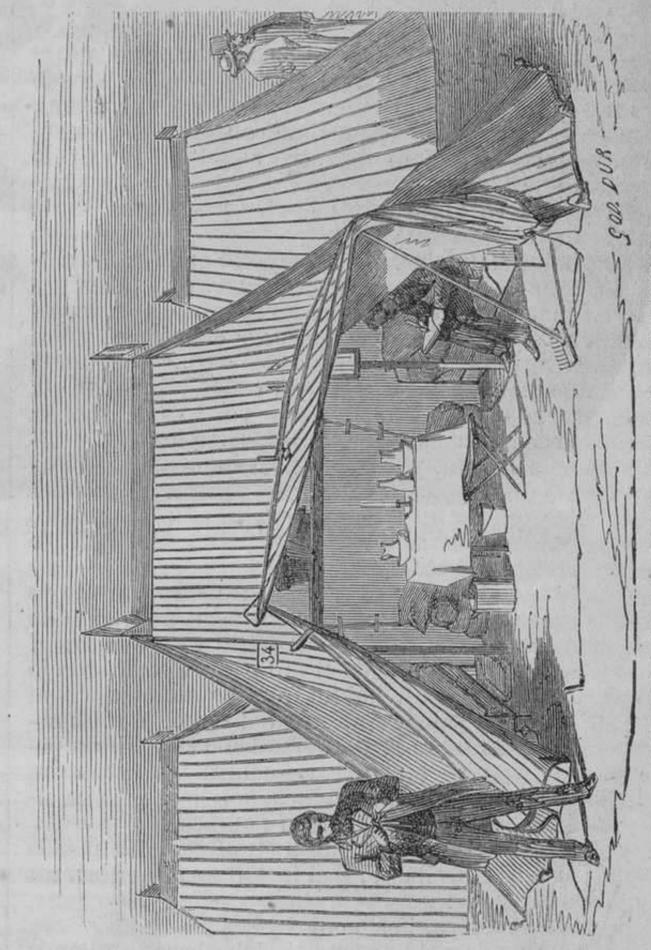
«En suma, nuestro campamento era todo lo que podría desear un ejército en campaña; únicamente nosotros que no éramos soldados, habriamos deseado una cocina mas confortable que la de los señores Potel y Chabot. En cambio, para dar á cada cual lo que le es debido, debemos añadir que no tenia la culpa de esto la compañía del ferro-carril, que por el contrario en todo ha puesto un empeño particular á fin de dejar contentos á sus convidados.»



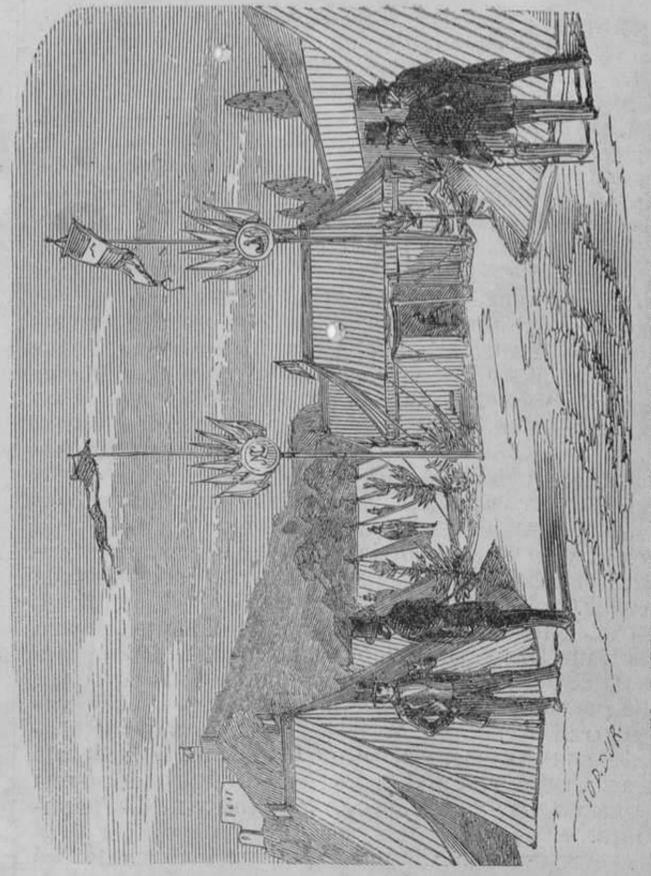
BENDICION DE LAS LOCOMOTORAS Y CAMPAMENTO DE LOS CONVIDADOS EN CHERBURGO.



COMEDOR DEL CAMPAMENTO DE LOS CONVIDADOS.



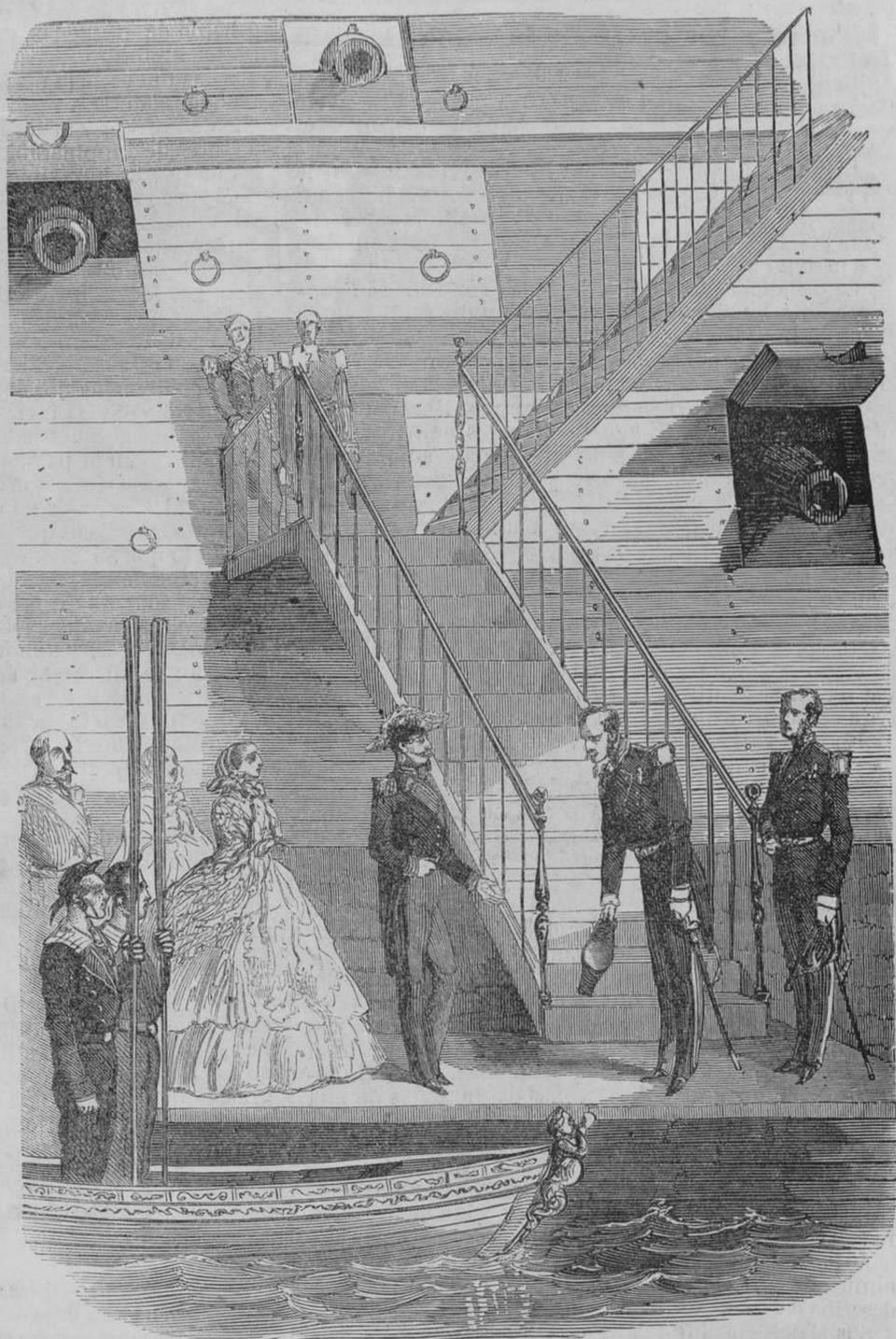
INTERIOR DE LA TIENDA DE LOS DIBUJANTES.



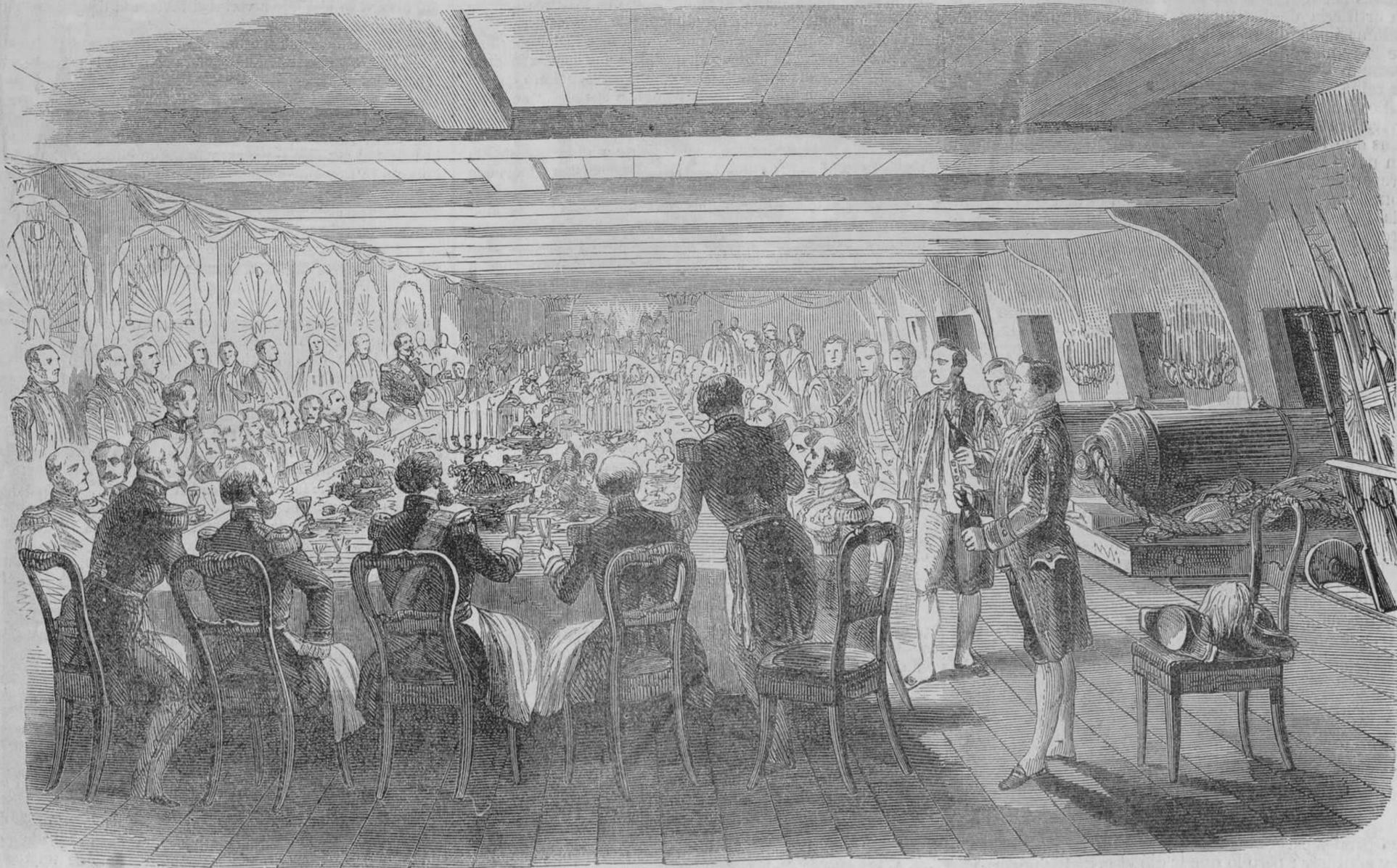
EL GABINETE DE LECTURA EN EL CAMPAMENTO.



EL EMPERADOR Y LA EMPERATRIZ SUBIENDO A BORDO DE LA BRETAGNE.



RECEPCION DE LA REINA DE INGLATERRA EN EL PUERTO MILITAR DE CHERBURGO.



BANQUETE DADO A BORDO DE LA BRETAGNE, EN LA BATERIA BAJA.

Llegada y recepcion de la reina Victoria

A CHERBURGO. — DESEMBARCO. — ALMUERZO EN LA PREFECTURA. — GRAN BANQUETE A BORDO DEL NAVIO ALMIRANTE *Bretagne*. — FORMENORES DE LAS FIESTAS.

El 5 se presentó la escuadra inglesa en las costas de la Francia. La Inglaterra estaba destinada á hacer un magnífico papel en esta solemnidad marítima representada por una de las mas bellas escuadras que han visto los mares.

La distancia que media desde las costas de la Gran-Bretaña á las playas de Cherburgo estaba sembrada de buques ingleses, que como otros tantos centinelas flotantes, y formando una guardia de honor no interrumpida, daban paso á la escuadra, orgullosa de llevar á su bordo á la reina de la primer nacion marítima del mundo. Después, á medida que pasaban las embarcaciones reales, cada uno de estos buques tomaba su puesto á retaguardia de la flotilla real, y esta maniobra, practicada con admirable precision, produjo al entrar la escuadra en el puerto de Cherburgo un efecto verdaderamente sorprendente.

El cañon, tronando de la manera mas estrepitosa por centenares de bocas de fuego, anunció á Cherburgo la llegada de la reina Victoria. De todos los buques franceses y de todos los fuertes saludaron esta llegada con una salva general, haciendo en minuto y medio mas de tres mil disparos, y momentos despues el emperador y la emperatriz de los franceses se presentaban á bordo del buque real á hacer una visita á su amiga y aliada la reina de la Gran Bretaña.

Al dia siguiente, á las once de la mañana, la reina de Inglaterra, el príncipe Alberto, su hijo el príncipe de Gales y otros príncipes de la familia real inglesa, desembarcando de una magnífica lancha real y colocándose en los carruajes imperiales, vino á devolver la visita al emperador Luis Napoleon y á su esposa, aceptando en su palacio un almuerzo de confianza. Reúnense en la mesa el emperador Luis Napoleon, la emperatriz Eugenia, la reina de Inglaterra, el príncipe Alberto, el príncipe de Gales, el duque de Cambridge y el príncipe de Leininge, y en otra sala están todos los grandes personajes de Francia y de Inglaterra, entre otros el duque de Malakoff, el conde de Walewski, lord Malmesbury, y gran número de personas distinguidas de una y otra corte. Después del almuerzo, SS. MM. van á visitar los sitios mas notables de Cherburgo, y especialmente las montañas donde se ven sus grandes fortificaciones. El pueblo los saluda con aclamaciones entusiastas, y los gritos repetidos de ¡viva la reina de Inglaterra! se enlazan con los de ¡viva el emperador Napoleon!

A la caída de la tarde tiene lugar á bordo del navio almirante *Bretagne* el gran banquete que el *Monitor* describe en estos términos:

Sus Majestades Imperiales se embarcaron á las seis con su comitiva para pasar á bordo. En cuanto el bote imperial se presentó en la rada, fué saludado con tres salvas por todos los buques franceses é ingleses y por la artillería de los fuertes, así como tambien por las aclamaciones de los marineros. A las siete salió el bote de la reina de Inglaterra y se dirigió hácia la *Bretagne*. De nuevo se oyó la artillería. El emperador recibió á la reina al pié de la escalera de la *Bretagne*.

Los hurras de la tripulacion y los gritos repetidos de ¡viva la reina de Inglaterra! anunciaron á las escuadras que la soberana del Reino Unido ponía el pié en un navio francés. Una mesa de setenta cubiertos estaba preparada en la batería alta de la *Bretagne*. Durante la comida no cesó de tocar la música de guías de la guardia imperial. A los postres el emperador se levantó y pronunció el brindis siguiente:

«Brindo á la salud de S. M. la reina de Inglaterra, á la del príncipe con quien divide su trono y á la familia real. Al brindar así en su presencia á bordo del navio almirante francés en el puerto de Cherburgo, me felicito de manifestar los sentimientos que hácia ellos nos animan. En efecto, los hechos hablan por sí, y prueban que las pasiones hostiles, ayudadas por algunos incidentes desgraciados, no han podido alterar ni la amistad que existe entre las dos coronas, ni el deseo de ambos pueblos de conservarse en paz. Por eso abrigo la firme esperanza de que si se quisieran despertar los odios y las pasiones de otra época, vendrían á fracasar contra la sensatez pública como las olas se rompen ante el dique que protege en este momento las escuadras de ambos imperios contra la violencia del mar.»

El príncipe Alberto se levantó y respondió:

«Señor: la reina desea que manifieste á S. M. cuán sensible es á la nueva prueba de amistad que acabais de darla con vuestro brindis, y al pronunciar palabras que no olvidará nunca. Vuestra Majestad conoce los sentimientos de amistad que os profesa á vos y á la emperatriz, y no necesito recordároslos.

«Sabeis igualmente que el buen acuerdo entre nuestros dos países es el objeto constante de sus deseos como lo es de los vuestros. La reina se considera pues doblemente dichosa de tener la ocasion, por su presencia aquí en este momento, de aliarse á vos, señor, tratando de estrechar lo mas posible los lazos de amistad entre nuestras dos naciones.

«Esta amistad es la base de su prosperidad mútua y no la faltará la bendicion del cielo. La reina brinda á la salud del emperador y de la emperatriz.»

Inútil nos parece decir que esta comida fué espléndida y suntuosa; pero lo que le dió el principal atractivo fueron las deliciosas armonías de las músicas, y especialmente los coros que, llegada ya la noche, entonaron

á bordo de pequeñas embarcaciones que rodeaban al buque almirante, artistas de gran mérito.

A las nueve de la noche, de repente, y cuando la reina de Inglaterra va á dirigirse á su buque real, la noche desaparece y todos los buques se presentan llenos de luces de innumerables colores, que se reflejaban en los mares. Es imposible pintar el aspecto de la rada de Cherburgo en aquellas horas favorecidas por un tiempo delicioso, y cuando á bordo de mas de seiscientos embarcaciones de los mas grandes tamaños habia encontrado asilo una poblacion flotante de cien mil almas. Los fuegos artificiales comenzaron despues, y las personas que han visto los mas bellos de Paris, dicen que los de Cherburgo han excedido á las fiestas mas célebres de esta clase. Figuraban una cascada de llamas, cayendo desde lo alto de los muros de Cherburgo hasta su puerto, como si fueran á llenar estas llamas el fondo deo que despues habian de ocupar las aguas. (Véase el dibujo en la página 253.)

Durante los fuegos artificiales y despues, la música de los guías, reunida en el puente de la *Bretagne*, y un coro de Orfeonistas que estaba en un vapor, dieron un concierto que SS. MM. oyeron con mucho gusto.

La reina de Inglaterra se despidió de SS. MM. II. á las diez y media. El emperador quiso acompañar á S. M. á su yacht. En aquel momento todos los buques se cubrieron de luces, y una última salva de artillería anunció el fin de una fiesta favorecida por un tiempo magnífico, y que dejará recuerdos eternos en el espíritu de los que tuvieron la dicha de presenciársela.

Sus Majestades Imperiales volvieron á las once al hotel de la Prefectura marítima. Una muchedumbre inmensa las esperaba al paso para saludarlas con sus aclamaciones.

Añadiremos dos palabras sobre la bajada de la reina Victoria al puerto militar.

Al principio se dudó mucho que esta visita tuviera lugar á pesar de la cordialidad y la intimidad que consagraron la primera visita; por esto se supo con alegría que la reina Victoria debía bajar al territorio francés por segunda vez.

El emperador estaba al pié de la escalera cuando llegó el bote real; la emperatriz estaba arriba y bajó algunos escalones para salir al encuentro á la reina; luego las dos soberanas subieron con una presteza y una gracia que causaron la admiracion de cuantos estaban reunidos en aquel sitio.

Revista de Paris.

Ya tenemos á los parisienses en campaña, con la escopeta al hombro en busca de perdices y de liebres. La vispera del dia en que se dió el permiso para cazar en el departamento del Sena, todos los aficionados durmieron ya fuera de sus casas. Dicen que el ridiculo es mortal en la sociedad francesa, y este es un error que anda por el mundo como tantos otros que sin ningún fundamento se han acreditado. ¡Cuántas críticas, cuántas caricaturas no se han dirigido contra el cazador parisiense! El *Charivari* le ha pintado en medio de una llanura rodeado de perdices, y disparando su escopeta con tal acierto que en vez de matar una perdiz queda tendido á sus piés... su infortunado galgo. Otra vez encuentra una liebre en medio del camino, que le clava una mirada irónica frotándose el hocico con la pata; el cazador apunta á la liebre y dispara gastando en balde su pólvora; entonces la liebre recoge una pistola que tenia á sus piés, y hace fuego contra el cazador estupefacto.

Ni estas ni otras sátiras mas verosímiles han conseguido amortiguar en Paris la aficion á la caza. El apasionado á esta diversion saludable usa todos los años de su licencia, y se burla á su vez de los que intentan ridiculizarle regresando á la capital con la bolsa atestada de piezas de primer orden, y respondiendo con una sonrisa de desden al atrevido pilluelo que le pregunta en la calle dónde las ha comprado.

El tiempo ha refrescado un poco y no puede ser mas favorable para la caza. Mucho se deseaba este cambio en Paris, poblacion poco acostumbrada á los ardores tropicales. En una Memoria que se ha presentado al Instituto sobre esta cuestion palpitante se señalan los veranos calurosos que ha habido en Paris desde principios del siglo último. Los tres primeros fueron abrasadores. En 1718 se cerraron los teatros de la capital por medida higiénica; durante cinco meses no cayó una gota de agua, el termómetro marcaba 36 grados, la yerba se agostó y los árboles frutales florecieron repetidas veces. En 1723 calor excesivo y tiempo seco. En 1751 y 1753 el termómetro marcó 37 y 38 grados centígrados en Paris. En 1802 se sintió el calor mas fuerte que se ha observado desde la invencion del termómetro, y en 1811 y 1818 hubo tambien calores extraordinarios.

En los tres dias de la revolucion de julio de 1830 la temperatura estuvo abrasadora. En 1846 subió el termómetro á 36 grados á la sombra y cerca de 40 al sol y al abrigo del viento, en el patio del Louvre. Por último, los calores del año pasado no se han olvidado todavia. El autor de la Memoria á que nos referimos presenta una serie de observaciones, que seria difícil reseñar, y en cuya virtud afirma que el periodo de veranos ardientes que ha principiado en 1837 se prolongará por espacio de cuatro años consecutivos, es decir, hasta 1861. Dios nos asista.

No obstante, estas predicciones no deben asustarnos; las añadiremos á las profecías del almanaque, con perdon de su origen científico, esto es, al catálogo de las cosas terribles, como la venida del famoso cometa de Carlos Quinto, que otra vez se anuncia.

Sobre esto de profecías de calendario citaremos un rasgo curioso de hace medio siglo.

Entre otras frioleras el editor de *Mateo Laensberg* (almanaque del pueblo que se publica aun todos los años), habia vaticinado una peste muy grande en 1810, y queriendo hacer un buen uso de este azote, puso su foco en Roma.

El director encargado de la librería que era entonces M. Esmenard, le llamó y entabló con él este diálogo:

— ¿Qué idea ha sido esa que ha tenido Vd. de poner la peste en Roma?

— ¡Ay! Señor director, en alguna parte la he de poner. Ya sabe Vd. que todos los años se nos permite una peste. El año pasado la puse en España, hoy le toca á la Italia.

— ¿Con que ignora Vd. pues que Roma acaba de ser reunida al imperio? ¿Quiere Vd. que nos incomodemos con Roma?

— Señor director, soy un pobre padre de familia y ese almanaque constituye mi único recurso; ¿cómo podria vivir si me quitara Vd. la peste?

M. Esmenard se enterneció al oír estas palabras.

— Entonces, le dijo con un tono mas suave, todo se gobernará poniendo la peste en otra parte.

— ¿Puedo ponerla en Hamburgo? preguntó humildemente el hombre del almanaque.

— Corriente, contestó el director.

El dueño del *Mateo Laensberg* se iba muy contento porque habia ganado á su juez y conservado su peste, cuando oyó que le llamaban por la ventana.

— Oiga Vd., oiga Vd., le decian.

— ¿Qué hay, señor director?

— Definitivamente, ponga Vd. la peste en San Petersburgo.

M. Esmenard acababa de pensar en la reunion de las ciudades anseáticas y en la expedicion de Rusia.

Bourienne contó esta historia á Napoleon que se rió mucho. Otro tanto hace el público con las predicciones terribles.

Un artista pintor, de buena figura, jóven y en el camino de la gloria, dotado en fin de todas las cualidades físicas y morales que constituyen el hombre distinguido, pretendia la mano de una niña hechicera que no deseaba otra cosa sino que su padre otorgara el consentimiento solicitado.

Este buen señor es uno de los hombres mas bondadosos que existen en el mundo; pero es tambien de esos que no conocen á los artistas en general y á los pintores en particular mas que por las extravagancias y originalidades con que los presentan en las novelas y en el teatro, y por consiguiente tiene con respecto á ellos las prevenciones mas arraigadas.

Por mas que la niña le repite que su pretendiente carece de esos vicios y esas rarezas que se achacan á los hombres de su clase, el obstinado anciano, aunque reconociendo que todas las apariencias hablan en favor del solicitante, no puede persuadirse de que las tales apariencias no sean una capa que cubre algun misterio infame.

— Se hace el disimulado, responde invariablemente á todas las observaciones de su hija.

— Pero, padre mio, todos los informes están en su favor.

— No los creo; los pintores son unos hijos espúreos de la sociedad que viven sin fe ni ley, sin casa ni hogar, en el desorden y la pereza, haciendo deudas que pagan á palos, con barbas y sombreros escandalosos, sin respeto por nada ni por nadie. Este trata sin duda de parecerse á todo el mundo, pero es porque quiere desvanecer en mí la justa desconfianza que me inspira su clase. ¡Ya verias si tuviera la desgracia de darle tu mano!... Pero no será.

— ¿Qué temeis que sucederia?

— Veinte y cuatro horas despues arrojaría la máscara y enseñaría las uñas.

— Padre mio, habládme con franqueza, decidme que no le quereis porque es pobre.

— No, hija mia; poco me importa que aquel á quien confie tu felicidad sea rico ó pobre, con tal de que esté bien educado y no te avergüence nunca delante de nadie.

Ahora bien, en los primeros dias de la última semana nuestro hombre recibia una carta de un amigo de provincia, que concluía de este modo:

«Te suplico recibas al hijo de ***, uno de mis correspondientes, que debe visitarte en mi nombre. Yo no le conozco personalmente, pero todo el mundo aquí me asegura que es muchacho de educacion, y esto me mueve á recomendarle. Nunca ha visto Paris, y aprovecha la ocasion para ver las fiestas del 15 de agosto.»

— Un jóven de educacion, exclamó el anciano rebosando de júbilo; bien venido sea... Un mozo criado en una provincia al lado de su madre, que por consiguiente no habrá frecuentado los cafés de Paris, ni los estudios de los artistas, esos lugares de perdicion; un jóven reservado que conservará las sanas tradiciones del hogar doméstico... ¡Quién sabe!... Quizá me llega un marido para mi hija... con tal de que quiera oír un poco la voz de la razon... ¡es tan sumisa!... veremos.

Y el padre recomienda á la hija que se engalane mucho porque va á tener una visita, y da las órdenes convenientes para que se disponga una comida espléndida.

Al regreso de un viaje que le habia tenido ausente de Paris durante algunos dias, el pintor encontró en su casa una carta de la niña, donde le daba parte de los proyectos de su padre respecto de ella y en favor de un jóven de educacion que ella esperaba con mas enojo que impaciencia, pues se hallaba firmemente decidida á permanecer invencible á todas las seducciones de que podia estar dotado aquel personaje.

No obstante estas palabras, el pintor se alarínó en extremo. Como todo hombre enamorado y de corazon era modesto, y no vivia persuadido de que pudiera dejar de presentarse un rival con mas probabilidades que él de alcanzar el triunfo. No desconfiaba de la jóven, sino de su propio mérito.

Corrió á casa de la novia, y le dijeron que estaba con su padre en el teatro, á donde fué á buscarla.

Pero en el momento en que se dirigia al palco, vió salir de él en tumulto al anciano con su hija y un jóven exaltado que con la mayor desenvoltura los estaba llenando de improperios.

El pintor sin entrar en explicaciones le cogió de las solapas, y arrastrándole por el corredor le entregó á un agente

de policía que había acudido al punto y el cual le sacó del teatro.

Al volver hacia el anciano, el artista le oyó contar esta aventura á las personas que le rodeaban.

— No puedo creer lo que me está pasando. Cuatro días no mas hace que conozco á ese jóven de conducta tan escandalosa, y esta es la cuarta vez que me da motivos para quejarme. Recomendado por uno de mis amigos como un jóven de buena educación, le recibo como si fuera un miembro de mi familia. El primer día bebe en la mesa como una cuba y se pone á contar anécdotas tabernarias; mi hija se indigna, y sin embargo, yo trato de excusarle, el vino se le había subido á la cabeza, y en esto hallaba yo su disculpa... no encontraba razon suficiente para condenar á un jóven recomendado por un buen amigo. Pero hé aquí que en la noche siguiente vienen á despertarme para que vaya á reconocer ante la policía á un jóven que había sido preso en una casa de juego y que me reclamaba por fiador. ¡Era él! Aunque mi confianza se quebrantó un poco, quise ser indulgente. Forastero en París, aquel loco había podido ser arrastrado contra su voluntad á la casa de juego, y este percance no debía hacerme olvidar la recomendación de mi amigo. En esto recibo ayer la visita de un usurero que viene á preguntarme si respondo en realidad de un jóven que en mi nombre le pidió una cantidad de dinero prestada á interés crecido. Otra gracia suya, y ésta confieso que acabó de remachar el clavo. Por último, esta noche se presenta en nuestro paleo con la cabeza trastornada por la bebida, y apenas se sienta á nuestro lado comienza á bostezar, y á hacer señales á las personas que están enfrente, y repren-diéndole yo con la mayor suavidad por esa conducta incalificable, nos insulta como todos han oído... ¡Y á eso llaman un jóven de educación!...

— Dígame Vd., caballero, exclamó uno de los oyentes; ¿en dónde vive el amigo que le ha recomendado á Vd. semejante personaje?

El anciano contestó dando el nombre del pueblo.

— Pues no extrañe Vd. lo que ha pasado.

— ¿Cómo es eso?

— Si, conozco el país, y así son todos los que llaman de educación en él.

— ¿Pero qué entienden pues por un hombre de educación?

— Un hombre rico.

Durante estas explicaciones el pintor había tranquilizado á la jóven. Juntos salieron del teatro. El padre, gracias á los enojos que le había causado aquella muestra de las costumbres patriarcales de la provincia, fué perdiendo sus prevenciones contra los artistas y consintió en la boda.

Vamos á concluir con esta anécdota de la semana.

El juéves último se habían reunido los delegados de una compañía de accionistas para redactar el reglamento de la sociedad.

Un miembro se levanta y pide la palabra sobre la forma de la mesa.

Todo el mundo se echa á reír; pero él insiste con mucha gravedad, lo cual aumenta las risas.

Por último, en vista de tal obstinacion le conceden la palabra, que usó de esta manera:

— Señores, una mesa redonda ú ovalada y los asientos en torno del salon son cosas esenciales: con una mesa larga los que están á la cabecera suelen salirse con la suya; en tanto que con una mesa ovalada, los que están sentados los últimos se hallan tan al alcance como los otros para hacer que prevalezca su opinion.

Aquí estallaron de nuevo las risas, pero el orador impertérto continuó diciendo:

— Señores, estas reflexiones son de Bacon, en el capítulo en que trata del consejo de los príncipes.

Estas últimas palabras cortaron las risas.

MARIANO URRABIETA.

Presentacion y recepcion

DE LOS DRAMAS EN GRECIA.

El drama griego empezó como es sabido por formar parte del rito en las fiestas de Baco: entonces el poeta que componía los versos, la música y el baile de Diti-rambo era simultáneamente autor, actor y director de la representacion. Agregábanse voluntariamente algunos ciudadanos que formaban el coro. A poco uno de los mas ricos del coro hubo de encargarse de los gastos que este ocasionaba: llamóse Corifeo y dejó al poeta el nombre de Didáscalo. Cada coro se componía de 50 personas; formábase uno por cada tribu; concurrían todas á la fiesta; y la que mejor lo hacia, recibía en premio de los magistrados una corona y una trípode, sin perjuicio de una recompensa especial que se daba al poeta.

Apareció despues la tragedia, y hubo coros trágicos: las tribus cuidaban de presentarse en las fiestas cada una con el suyo trágico-didascálico y el correspondiente corifeo. Por entonces todo lo que el poeta tenía que hacer para poner su obra en escena era buscar un coro. Solicitábanlos de las tribus los autores adocenados; y las tribus buscaban á los de mas nota. Reduciase la intervencion de los magistrados á sortear el órden en que las tribus habían de concurrir al certámen, y los cinco jueces encargados de adjudicar el premio. Los gastos se pagaban de los fondos *teóricos*, que así se llamaban los destinados á las fiestas religiosas, hasta que las novedades introducidas por Eschilo, convirtiendo el carro en teatro, introduciendo la máquina, vestidos, máscaras, coturnos y decoraciones, los hicieron demasiado crecidos, para que pudiera soportarlos el corifeo, ya sobradamente cargado con los que exigía la instruccion y equipo del coro. Los fondos *teóricos* no hubieran bastado á soportar semejante carga, si Pericles no los

reforzara con el producto de una contribucion impuesta á los aliados á pretexto de gastos para entretenimiento de la escuadra y comun defensa. A esta novedad siguió naturalmente la de la intervencion directa de los Archontes en la eleccion de poetas ó adjudicacion á estos de los coros; por último, en las repúblicas griegas acabó por ser el pueblo el encargado de todos los gastos, y por consiguiente el supremo magistrado, árbitro exclusivo de la suerte de los autores: sistema funesto al genio dramático y que sin embargo fué aceptado en Roma tambien.

Las palabras técnicas fueron importadas á Roma, pero su significacion en Italia no se parecía nada á la que en el origen tuvieron en Grecia. Así el poeta latino no empezaba por buscar coro, sino teatro, porque de este era una parte asalariada el coro mismo. Por esta razon en Roma el poeta tenía que solicitar que se representase su drama, del que pagaba los gastos del espectáculo y del magistrado que había de presidirlo, si no se reunían ambas circunstancias en una sola persona, lo que sucedía las mas veces aunque no todas.

JUNTAS DE LECTURA.

No todos los autores griegos lograban la dicha de que las tribus y corifeos aceptasen sus obras; y los había tan desgraciados que solamente conseguían ese alto favor una vez en su vida, ó acaso nunca. Mosimo y Melancio, de quienes Aristófanes se burla, sudaban sangre para encontrar un coro. Lo cierto es, segun uno de los comentadores de Platon, que las tribus se decidían ó por la reputacion ya adquirida de los autores, ó por el exámen de sus obras.

Sobre este punto, es decir, sobre la manera en que el exámen se verificaba, entra M. Magnin en una interesante discusion que omitiremos para mayor brevedad, limitándonos á decir lo que de ella resulta demostrado como evidente ó muy probable.

Dos medios parece natural que se emplearon para juzgar los dramas: ó la lectura previa, ó una representacion por via de ensayo.

De que usaran las tribus del primero no hay otra prueba que lo que se refiere de la muerte del poeta Filemon, á quien se halló cadáver en su casa y teniendo en la mano el manuscrito de una comedia; para cuya lectura le esperaba en el teatro un numeroso auditorio.

En apoyo de que debieron hacerse representaciones de ensayo, hay mas de un hecho histórico.

Valerio Máximo refiere que *pidiéndole* el pueblo á Eurípides que suprimiese una frase de cierta tragedia, el autor desde el teatro contestó: que él en sus dramas daba lecciones, y no las recibía. Téngase presente que el pueblo en las representaciones solemnes silbaba ó aplaudía, y no entraba en discusiones. Además la respuesta de Eurípides á todo el pueblo de Atenas y á muchos extranjeros, hubiera sido impropia; pero está en su lugar dándose á la tribu de que era poeta.

Plutarco refiere con respecto al mismo Eurípides, que empezando una de sus tragedias por una frase im-

pía, tuvo que corregirla por la indignacion que causó y si esto hubiera sido en una representacion solemne ciertamente no se le hubiera escapado al implacable enemigo del poeta, á Aristófanes, quien sin embargo cita el verso indicado segun la leccion corregida.

El Odeon, que era un pequeño teatro cubierto, fué al parecer el sitio destinado á las representaciones de prueba, y positivamente el lugar de los ensayos.

En Roma, ya en tiempo de Terencio, había representaciones de prueba ante los ediles; durante el imperio se verificaban en los jardines del pretor, con asistencia de algunas personas que daban su parecer sobre el drama.

Antes de comprar un drama los ediles no contentos con leerle, solían consultar á algun sugeto ilustrado, y á propósito de esta costumbre refiere Suetonio que al presentarles Terencio su primera comedia, le enviaron á Cecilio para que la leyese. Fué en efecto el novel autor á casa de aquel personaje, hallóle cenando, y como iba mal vestido, le pusieron sin ceremonia un taburete al lado del lecho ó sofá en que el amo de la casa estaba recostado; pero comenzó Terencio á leer, y á los pocos versos, Cecilio le hizo sentar junto á sí, cenaron juntos, y leyeron despues la comedia que pareció excelente al juez elegido por los ediles.

Por algunos pasajes de Horacio y Ciceron consta que en los tiempos de César y posteriormente en el reinado de Augusto, hubo un tribunal literario compue to de cinco personas, que se reunían en el templo de Apolo ó de las Musas para juzgar de los dramas antes de su representacion, es decir, una junta de lectura ni mas ni menos que la de nuestros días. (*Nota del traductor.*) Es decir en París, que en Madrid la creada por la empresa anterior cesó con ella, con no poca satisfaccion des los infinitos traductores que veían en ella una incómoda barrera.

Probado pues, que con corta diferencia los autores antiguos estaban sujetos como los nuestros á un exámen literario de sus dramas antes que estos se representasen, réstanos averiguar si estaban tambien bajo la férula del tribunal que entre nosotros tiene el derecho de vida ó muerte sobre las obras destinadas al teatro, es decir, á la censura.

(Se concluirá.)

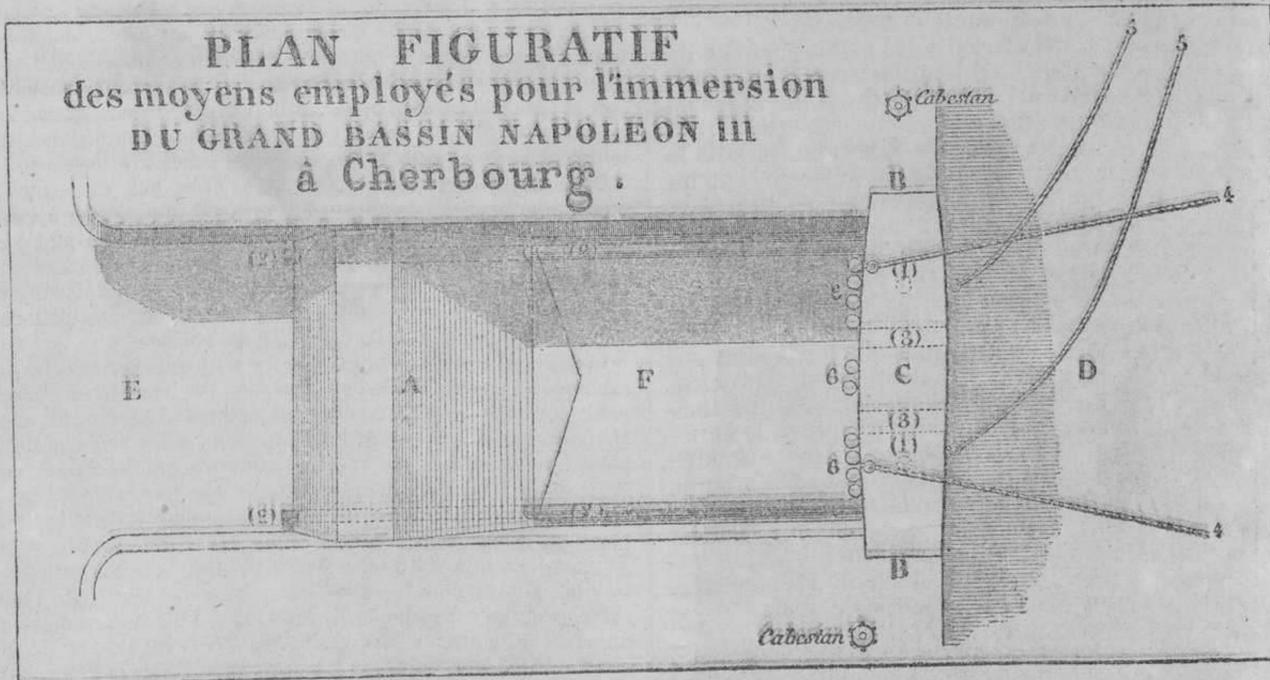
M. MAGNIN.

Inmersión del dique

Y VARADA DE LA Ville de Nantes.

Despues de dejar á la reina de Inglaterra y á su augusta familia con el inmenso séquito que la había acompañado desde las costas de la Gran Bretaña á las playas de la Francia, habiendo dado con los brindis y discursos pronunciados en el banquete imperial una garantía de paz á la Europa y de civilizacion al mundo, empezaron el 7 las fiestas con que debía celebrarse la inauguracion del magnífico fondeadero cuya descripcion hemos dado ya á nuestros lectores. Salvadas de artillería

PLANO.



- (1) Compuertas de fondo por las cuales se introduce el agua en el barco-puerta. Estas compuertas están debajo del barco.
 - (2) Tubos de hierro que comunican con el interior del barco-puerta, y que deben servir para vaciarle estando cerradas las compuertas de fondo.
 - (3) Tubos cuadrados de madera que atraviesan el barco y que están cerrados con dos chapalelas. Estos tubos deben servir para introducir el agua entre el barco-puerta C y la presa A en el espacio F.
 - (4) Calabotes para arrastrar el barco-puerta de sus ranuras B.
 - (5) Calabotes para hacer volver el barco-puerta y arrastrarle lejos.
 - (6) 20 toneles vacíos para ayudar á levantar el barco-puerta.
- A. Presa de tierra y de arena guarnecida en su superficie de cemento romano. En lo alto de esta presa hay tres cajas á las cuales se prenderá fuego por medio de un alambre eléctrico.
- B. Ranura en la pared del muelle para sostener el barco-puerta contra el impetu de la mar por el lado D.
- C. Barco-puerta que tiene doce años de existencia; á pesar de las grandes reparaciones que se han hecho en él, se teme

esté muy adherido á las ranuras del muelle por las ostras.

D. Lado de la mar.

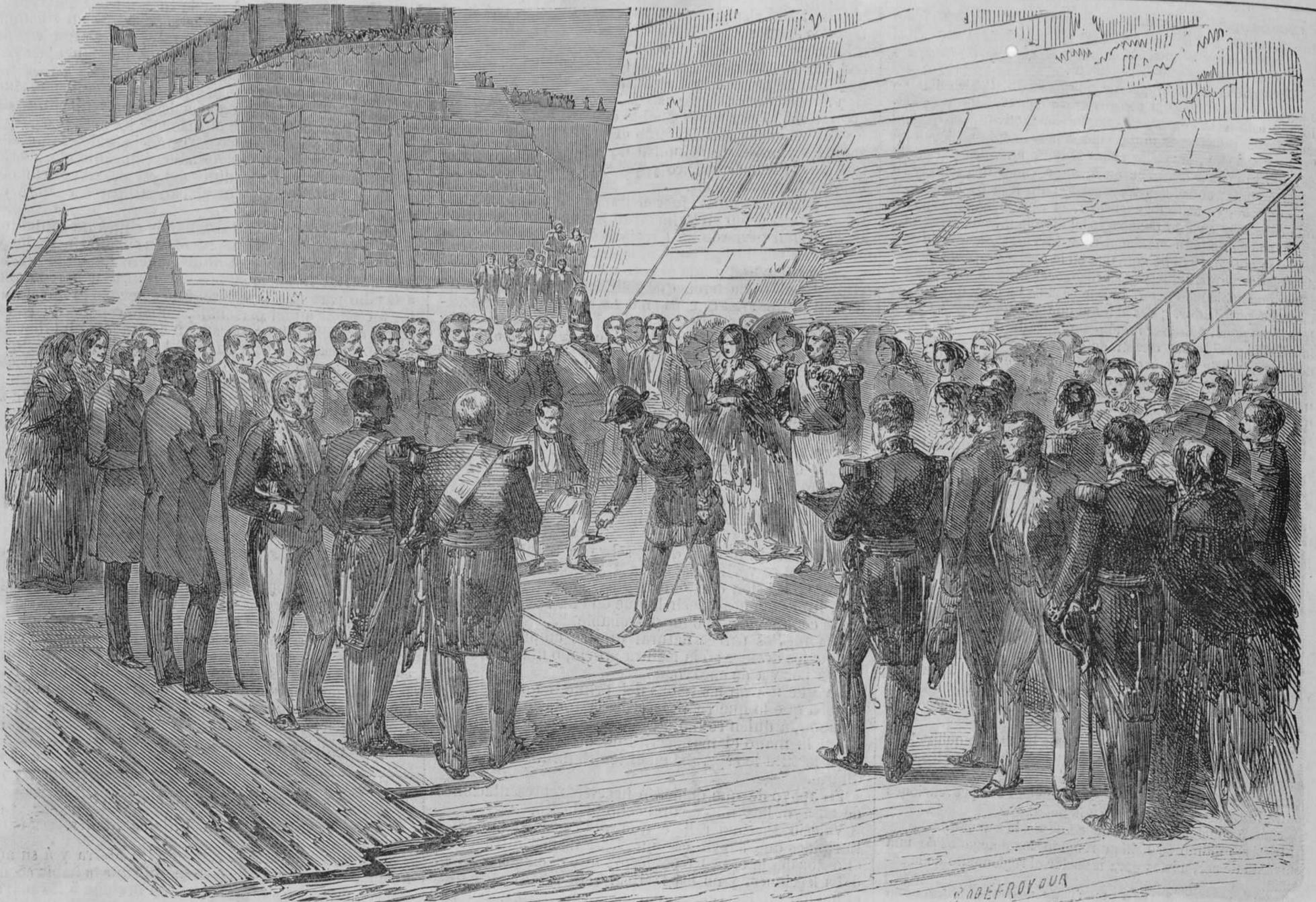
E. Dique que debe llenarse.

En la marea baja el agua está aun muy alta sobre el tablado de la entrada EE del gran dique.

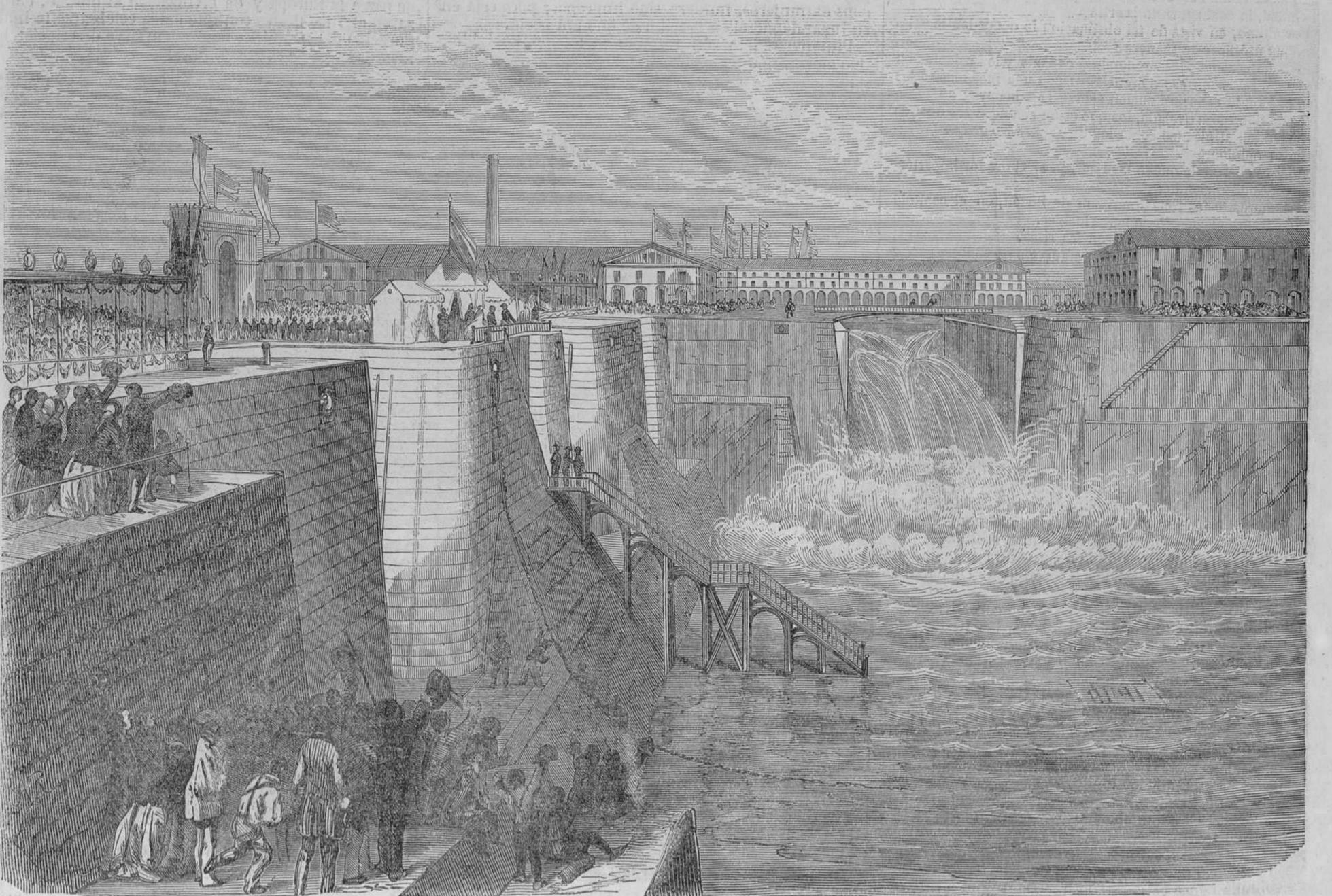
En la marea baja se abrieron las chapalelas del barco-puerta y entró el mar en el espacio entre el barco-puerta y la presa. Lleno este espacio al nivel de la mar se cerraron las compuertas de fondo y se abrieron los tubos de hierro. El barco-puerta se vació sólo, y el agua que contenía corrió entonces al dique nuevo.

El barco-puerta vacío trató naturalmente de levantarse ayudado ó impelido á ello por los 20 toneles vacíos, y si la fuerza del vacío en el agua no hubiera bastado, los calabotes que corresponden á los cabestantes sobre el muelle, le habrían forzado á hacerlo.

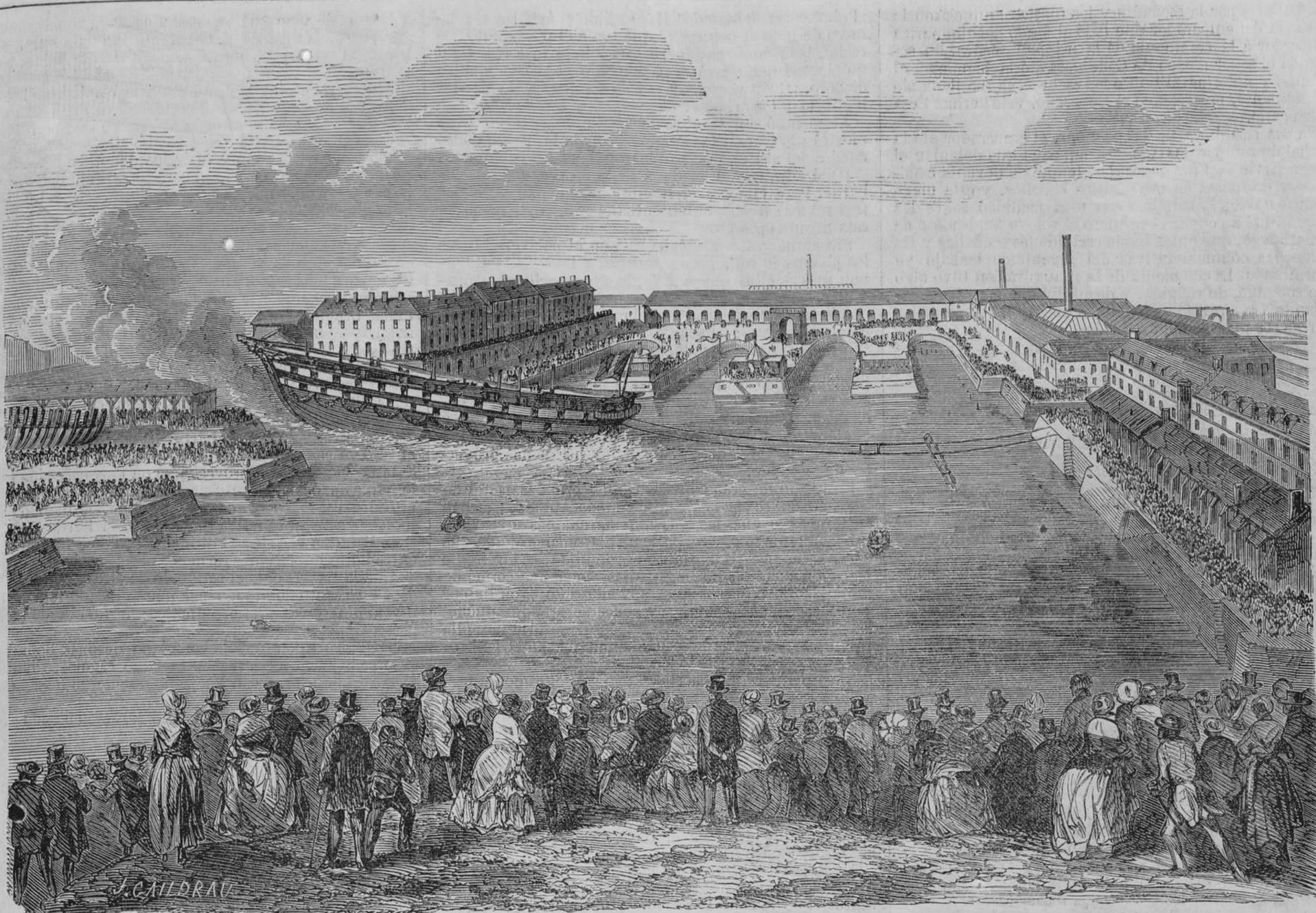
El barco-puerta salido de sus ranuras fué arrastrado á lo lejos por medio de los calabotes nº 5. Entonces la mar viéndose ya solo contenida por la presa para entrar en el dique nuevo, las tres cajas (A) que están en la presa la detuvieron, y la mar subiendo un poco pasó por encima é invadió el dique.



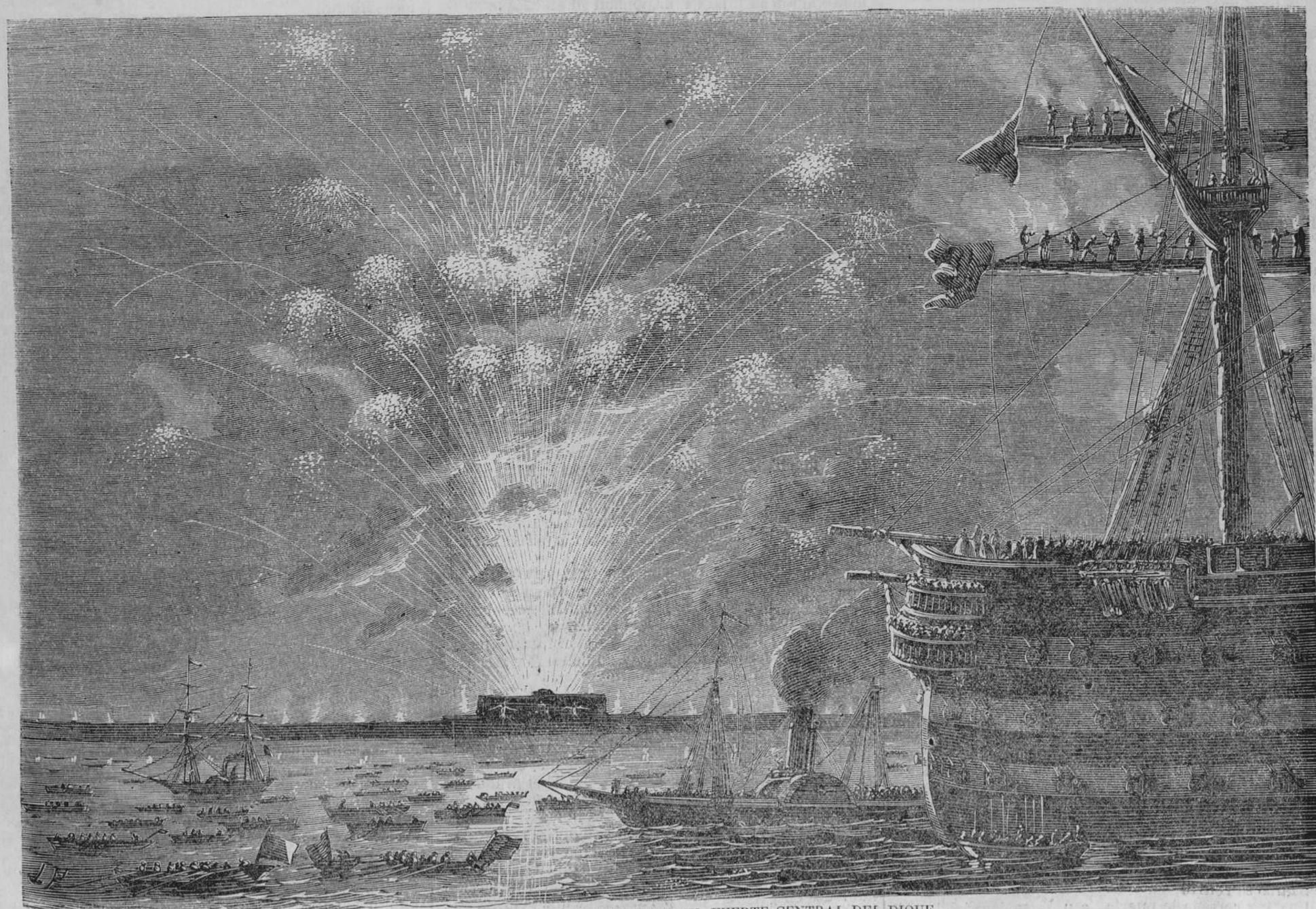
INAUGURACION DEL DIQUE NAPOLEON III EN CHERBURGO.



INMERSION DEL DIQUE NAPOLEON III EN CHERBURGO.



VARADA DEL NAVIO LA VILLE DE NANTES.



FUEGOS ARTIFICIALES DISPARADOS EN EL FUERTE CENTRAL DEL DIQUE.

disparadas por la escuadra y los fuertes anunciaron la llegada del emperador que bajó al fondo del dique para proceder á la ceremonia de la primera piedra. En seguida el señor obispo de Coutances dió la bendición al dique, y abiertas al punto las esclusas se fué llenando lentamente, presidiendo el emperador este hermoso espectáculo.

A las seis, hora de la pleamar, el emperador dió la señal de romper las últimas amarras que detenían el gran navío la *Ville de Nantes*, buque de noventa cañones y de fuerza de novecientos caballos, y este magnífico navío, lanzándose con toda facilidad sobre las aguas, fué á ocupar el primero el nuevo fondeadero de Cherburgo, que antes había recibido las medallas y las monedas conmemorativas del gigantesco trabajo ya terminado. La ceremonia de la inauguración tuvo algo de solemne, de religiosa y de sublime á la vez, anunciando á la Francia que contaba de hoy mas uno de los primeros puertos del mundo.

LA FERIA DE LAS VANIDADES.

POR W. THACKERAY.

(Continuación).

— ¿Reclamais vuestro dinero? preguntó Jorge con ironía.

— Sin duda, no lo tengo de sobra, dijo Dobbin.

— Vamos, amigo mio, os pido perdón, repuso Jorge cediendo á la voz del remordimiento; no olvido que me habeis sacado de muchos apuros. Cuando Crawley me ganó aquella cantidad de dinero, ¿qué habría sido de mí sin vos? Me acordaré siempre. Pero no deberiais ser tan severo conmigo ni predicarme tanto; estoy loco por Amelia, la adoro, ¿os dáis por contento? Sin embargo, se me puede permitir que me distraiga un rato; cuando me case sentaré la cabeza... El mes que viene os entregaré cien libras, pues mi padre tiene intención de hacerme un buen regalo. Ahora voy á pedir un permiso, y mañana veré á Amelia; ¿estáis satisfecho?

— Sí, exclamó el buen capitán; en cuanto al dinero, sé que estais siempre dispuesto á repartir conmigo vuestro último chelín.

— Seguramente, respondió Osborne con mucha generosidad, aunque siempre tenía vacíos los bolsillos.

— No obstante, concluid pronto con esas cosas de la juventud. Si hubierais visto la cara de la pobre niña cuando el otro día fué á preguntar por vos, habriais enviado al diablo los tacos y las bolas. Id á consolarla, tunante, escribidla una carta muy larga; con poco se la hace muy dichosa.

— Creo que en efecto me ama locamente, dijo Osborne muy evanescente.

Y salió para acabar de pasar la noche en la sala con sus compañeros.

Entre tanto Amelia contemplaba la luna que esparcía sus pálidos rayos en su apacible morada, lo mismo que en el cuartel de Chatham donde el teniente Osborne tenía su regimiento.

Preguntábase á sí misma lo que podía ocupar entonces á su héroe.

— Quizá está haciendo la ronda de centinelas, pensaba; quizá está consolando á un compañero herido; quizá está estudiando el arte de la guerra en su cuarto solitario.

Y sus suaves pensamientos volaban como ángeles alados y atravesaban el río hasta Chatham, queriendo penetrar en el cuartel de Jorge.

En suma, era preferible que las puertas estuviesen cerradas y que el centinela negara el paso. ¿Qué habrían hecho los pobres angelitos de túnica blanca si hubieran oído los cantares de los jóvenes oficiales bebiendo ponche?

Al otro día del coloquio que tuvo lugar en el cuartel, el joven Osborne, fiel á su palabra, se dispuso á marchar á la ciudad, mereciendo así los elogios del capitán Dobbin.

— Habría deseado llevarla un regalito, dijo Osborne á su amigo con aire confidencial; pero mi bolsa está vacía.

Dobbin no quiso que este impulso de generosidad quedara estéril, y entregó á Osborne algunos banknotes que este aceptó sin vacilar largo tiempo.

Es cierto que tenía intenciones de comprar alguna cosa para Amelia; pero al apearse del coche vió en una joyería un precioso alfiler y le adquirió para su uso. Despues que le hubo pagado le quedó poco dinero.

Sin embargo, podemos asegurar que lo que deseaba Amelia no eran regalos. Cuando llegó á su casa el rostro de la niña se iluminó como si le alumbrara un sol radiante. Sus inquietudes, sus temores, sus lágrimas, sus prolongados insomnios, todo había desaparecido, todo estaba olvidado, y para esto había bastado una sonrisa.

Desde el umbral de la puerta Jorge la enviaba, como si fuera un Dios, los rayos de su gloria; sus bigotes hacían el papel de aureola celeste.

Sambo, al anunciar al capitán Osborne (había acordado de motu proprio este ascenso al joven oficial), se sonrió con malicia y vió que la joven se sonrojó, y estremeciéndose se dejó su puesto de observación en la ventana.

Sambo se retiró.

Una vez cerrada la puerta, la niña se lanzó sobre el corazón de Jorge Osborne como hacía su asilo natural.

¡Pobre corazón agitado! Has elegido el árbol mas hermoso de todo el bosque, el que tiene el tronco mas derecho, las ramas mas fuertes, el follaje mas espeso, y no piensas que quizá está marcado para caer dentro de poco. ¡Cuán verdadera es esta comparación entre los hombres y los árboles!

Jorge besó con ternura la frente de la joven y se mostró muy atento y amable. Amelia le hizo muchos elogios del alfiler, no recordaba haberse visto nunca.

¡Qué admiración la de Amelia en presencia de Osborne. Para ella era el hombre mas brillante de los tres reinos; quizás el teniente Osborne participaba de esta misma opinión.

Sin embargo, se acercaba mucho al calavera. Todos los jóvenes lo son, poco ó mucho, y las niñas se inclinan mas á ellos que á los que son apacibles y tranquilos.

Gracias á la conclusion de la paz, podría en breve dejar el servicio; ya se acabaron los ascensos y las ocasiones de señalar su valor y sus talentos militares. Su sueldo, con el dote de Amelia, le permitiría tomar una bonita casa de campo en medio de vecinos amables; solo se ocuparía en cazar y en el cuidado de sus haciendas, y sería muy dichoso. Era imposible seguir en el ejército teniendo mujer. No hay para qué añadir que Amelia aprobaba estos y todos los demás proyectos de su novio.

En medio de esas conversaciones ornadas con castillos en el aire por la imaginación de Amelia, pasaban entrambos jóvenes las horas mas agradables de su vida. Osborne tenía solo permiso de un día, y como tenía que hacer cosas muy importantes, propuso á la joven que fuera á comer con sus hermanitas, lo cual la colmó de júbilo. La llevó pues á su casa, y ellas la oyeron hablar con una presteza y un gozo que les sorprendió mucho. Pensaron que al cabo y al fin Jorge sacaría de ella algun partido. Osborne se había marchado á sus negocios.

Al salir fué á tomar sorbetes; luego se probó un frac en una sastrería á la moda, hizo una visita al capitán Cannon, jugó doce mesas al billar con el capitán susodicho, ganó ocho de ellas y se volvió á su casa, media hora despues de lo debido, pero con muy buen humor.

No le sucedió lo mismo á su padre. Al regreso de la Cité desde los primeros pasos que dió en el salon, donde encontró á sus hijas y á la elegante miss Wirt, estas reconocieron en su aire solemne, en su rostro amarillo y sus cejas fruncidas que el corazón del pobre hombre latía muy fuerte bajo su paletó blanco.

Amelia se adelantó á saludarle, lo que nunca hacia sin mucho miedo aumentado por su timidez natural. El dueño de la casa la recibió con un gruñido sordo para manifestarla que la reconocía, y luego miró con malos ojos á su hija mayor, lo cual significaba:

— ¿Qué diablos viene á hacer aquí?

La joven respondió:

— Jorge come hoy con nosotros.

— ¡Ah! ¡está aquí!... Pues no quiero esperar por él, que traigan la comida, María.

Y entonces nuestro hombre se dejó caer sobre su silla. Un silencio sombrío reinó en la sala interrumpido solo por la péndola de un reloj francés.

Cuando dieron las cinco en este reloj donde había un grupo que representaba el sacrificio de Ifigenia, M. Osborne tiró el cordón de la campanilla y entró el mayordomo.

— ¡La comida! gritó M. Osborne.

— M. Jorge no ha venido aun, dijo con timidez el criado.

— Que coma en otra parte; ¿soy ó no soy el amo de mi casa? ¡La comida! ¡la comida!

M. Osborne frunció el ceño; Amelia temblaba como las hojas en el árbol; una correspondencia telegráfica se había establecido por medio de los ojos entre las otras tres señoras, y sin mas tardanza la campana obediente anunciaba la comida.

Todo el mundo se puso en marcha.

— Los fondos han bajado, dijo miss Wirt á una de las jóvenes.

El batallón femenino caminaba trémulo y en silencio detrás de su feroz conductor; cada cual tomó su puesto silenciosamente. M. Osborne murmuró un *Benedicite* que mas bien parecía una maldición, y en seguida levantaron los cubre-plateos. Amelia estaba como agonizando, pues se hallaba junto al terrible M. Osborne; Jorge faltaba.

— ¡Sopa! dijo M. Osborne con tono sepulcral, tomando el cucharón y dirigiendo sus ojos á su vecina.

Del mismo modo ofreció á las demás personas y luego ya no pronunció una sola sílaba.

Quitad el paletó á miss Sedley, dijo al fin; no puede comer la sopa, ni yo tampoco, está detestable; María, mañana despedireis á la cocinera.

Despues de esta salida contra la sopa, M. Osborne hizo observaciones análogas respecto del pescado; luego entró en el silencio y bebió muy de prisa muchos vasos afectando á cada instante un aire mas feroz. Por último, un buen martillazo que anunciaba la llegada de Jorge animó un poco á todo el mundo.

No había podido llegar antes porque el general Daigillet le había hecho esperar en los Horse-Guards. No le importaba no comer sopa ni pescado, con cualquiera cosa se contentaba. El carnero estaba riquísimo; su buen humor contrastaba con el aire de su padre. No cesó de hablar en toda la comida con gran satisfacción de todos en general, y en particular de una persona que no nombraremos porque nos parece inútil.

En cuanto las niñas tomaron la ensalada de naranja

y la sopa de vino que formaban como la conclusion de las tristes comidas de M. Osborne, dieron la señal para pasar al salón; al punto se levantaron todas y se fueron.

Amelia se prometía que Jorge iría á su lado en breve, y para él tocó sus walses favoritos en el gran piano de cola que adornaba el salon del primer piso; pero Jorge se hizo el sordo, hasta que al cabo ella se levantó del piano muy triste y como invadida por negros presentimientos. El viejo Osborne, siempre formidable, nunca la había lanzado miradas tan terribles. ¿Qué misterio era aquel?

Las nubes del rostro paternal habían comunicado á Jorge cierta turbación. Sin saber qué decir entabló el elogio del vino de su padre; este era en general uno de los medios mas á propósito para apaciguar al anciano.

— No era como este el madero que bebíamos en las Indias Occidentales; el coronel Heavytop me llevó tres botellas de las que me enviásteis el otro día.

— ¿De veras? exclamó el viejo; tambien me cuesta ocho chelines la botella.

— Cuando queráis os haré vender una docena por seis guineas, dijo Jorge riendo. Desea comprarlas un grande hombre del reino.

— ¿De veras? repitió el gruñón; el vino es exquisito, añadió ya con el ceño menos fruncido.

Jorge pensaba en aprovecharse de la satisfacción que le había dado para aventurarse á pedirle dinero, cuando el padre recobrando su aire solemne, le mandó que tocara la campanilla para que sacasen el burdeos.

— Vamos á ver si es tan bueno como el madero, y entre tanto hablaremos de negocios serios.

Amelia había oído el campanillazo dirigido al burdeos y se sentó dominada por una agitación febril. La invadieron otros presentimientos; á fuerza de tener presentimientos se acierta.

— Quiero saber, dijo el anciano despues de haber saboreado su primera copa, en qué estado se hallan vuestros amoríos... con la pequenuela que ha comido con nosotros.

— Claramente se ve, respondió Jorge bebiendo con delicias; ¡qué vino tan rico!...

— Explicaos, no entiendo.

— En dos palabras, ¿no tengo vuestro consentimiento para casarme con ella? Yo soy un hombre de honor y no faltará á un convenio hecho entre las dos familias.

— Todo eso está muy bien, pero he sabido vuestras hazañas con lord Tarquin, el capitán Crawley y otros; tened mucho cuidado.

El anciano pronunció estos nombres aristocráticos con mucho énfasis; cuantas veces encontraba á un noble le saludaba profundamente y le llamaba milor, como debe hacerlo todo súbdito británico que tiene ideas liberales.

Jorge temió que su padre se hallara instruido de sus aventuras de juego; pero el anciano desvaneció este temor continuando con voz mas suave:

— Está bien, los jóvenes han de ser jóvenes. Mi deseo es que frecuentéis la mejor sociedad de Inglaterra, y así debeis hacerlo contando con mi fortuna.

— Gracias, dijo Jorge viendo abierto el camino que él quería; pero para vivir con las gentes del gran mundo hace falta dinero, y mirad un poco mi bolsillo.

Y alargó una bolsa de seda, regalo de Amelia, donde se encontraba el resto de la suma que le había prestado Dobbin.

— No carecereis de nada; el hijo de un comerciante inglés no debe carecer de nada. Mis guineas valen lo que las de otros y están á vuestras órdenes. Pasad mañana por casa de M. Chopper, en la Cité, que tiene alguna cosa á vuestra disposición. Nunca os negaré mi dinero en tanto me halle seguro de que frecuentáis la buena sociedad. Y este orgullo no es por mí; mi nacimiento es bien humilde; las ventajas todas serán para vos. Aprovechaos de ellas; frecuentad la nobleza joven, encontrareis muchos que admirarán vuestras guineas, y por lo que toca á las mujeres... (aquí las cejas del anciano tomaron un aspecto que decía mucho mas de lo que él sabía), preciso es que los jóvenes sean jóvenes. Pero una cosa os prohibo, el juego; si jugáis no contéis con mi dinero.

— Está entendido.

— Ahora volvamos á la vecina. ¿Creeis que no podeis pretender otra cosa que la hija de un agente de cambio? Jorge, quiero saber vuestro pensamiento.

— ¡Dios mio! exclamó Jorge cascando nueces, es un arreglo de familia; hace un siglo que entre vos y M. Sedley se ha decidido la boda.

— Es verdad, pero las posiciones cambian. Confieso que Sedley me ayudó á hacer mi fortuna, ó mejor dicho, me puso en camino de ganarla con mis talentos, mi genio y la brillante posición que adquirí en el comercio de los sebos y en la Cité de Londres. Ya he manifestado mi gratitud á Sedley como puedo probarlo con mi libro de caja. Jorge, os lo digo en secreto, el giro que toman los negocios de M. Sedley no me agrada. Habrá querido jugar por su propia cuenta y en eso está mi miedo. En fin, lo cierto es que no os casareis con Amelia antes de que haya yo visto sus dos mil libras esterlinas. Que traigan el café.

Dicho esto M. Osborne abrió un periódico de la tarde, y Jorge reconoció en esta señal que la conversación estaba concluida y que su padre iba á dormir la siesta.

Entonces se fué con Amelia y se sentó á su lado muy alegre. Hacía mucho tiempo que no había estado tan atento con ella, tan deseoso de distraerla, tan tierno, tan amable en la conversación. ¡Ah! sin duda su corazón generoso se inflamaba con nuevo ardor á la idea

del infortunio que la amenazaba, ó quizá el pensamiento de perder á aquella criatura angelical se la hacía entonces mas preciosa.

Amelia vivió muchos dias con el recuerdo de aquellos instantes fugitivos. Su memoria la recordaba una palabra, una mirada, la romanza que él habia cantado, la expresion de su fisonomía cuando se acercaba á ella ó la miraba de lejos. Ninguna noche la habia parecido tan corta. Casi se incomodó cuando vió á Sambo que la traía su pañuelo.

Al otro dia Jorge se despidió de ella con ternura y luego fué á la Cité donde fué á ver á M. Chopper, el dependiente principal de su padre, quien le entregó un papel que cambiado en casa de Mulker y Bullock llenó sus bolsillos de dinero. En el momento en que Jorge entraba en la casa salía el anciano John Sedley con un rostro muy abatido. Pero el ahijado estaba demasiado alegre para notar la afliccion del digno agente de cambio. El jóven Bullock no le acompañó hasta la puerta riendo con él como los dias anteriores.

Cuando salió M. Sedley el cajero y el empleado que estaba á su derecha se hicieron una señal de inteligencia.

— Valor nulo, dijo este último.

— Y que no se debe tomar á ningun precio, contestó el cajero.

Entre tanto Osborne llenaba sus bolsillos de billetes y aquella misma noche pagó á Dobbin las cincuenta libras que le debía.

Amelia le escribió una carta de las mas largas y tiernas que habia escrito hasta entonces. Su corazon rebotaba de amor, pero estaba oprimido por funestos presentimientos. « ¿Cómo explicar las miradas feroces de M. Osborne? se preguntaba: ¿Habrán reñido mi padre y él? » Su pobre padre habia vuelto muy abatido de la Cité y toda la casa estaba alarmada. En suma, sus ternuras, sus temores, sus esperanzas y sus presentimientos arrojaban un total de cuatro páginas.

— ¡Pobre Amelia! está loca por mí, dijo Jorge al leer su carta; ¡maldito ponche! ¡qué dolor de cabeza me ha dado!

Sí, sí, ¡pobre Amelia!

XIV.

INTERIOR DE MISS CRAWLEY.

Por aquel mismo tiempo, dirigiéndose á una casa elegante de Park-Lane, se habria podido ver un coche de viaje con blasones pintados en las portezuelas. Detrás del coche iba sentada una mujer con cara de viñagre, y el pescante estaba ocupado por un criado robusto. Cuando el carruaje se paró, salió de él sostenida por muchos criados una masa informe envuelta en pañuelos, y una jóven que acompañaba al fardo de vestidos. Era miss Crawley que volvia del Hants. La subieron á su cuarto, la metieron en la cama, y mandaron recados á varios médicos que acudieron al punto, se reunieron en consulta, indicaron un régimen y tomaron el sombrero. La jóven compañera de miss Crawley se habia presentado á recibir sus instrucciones, y administró los medicamentos prescritos por los facultativos.

El capitán Crawley llegó al otro dia del cuartel de guardias. Mientras su alazan negro pifaba sobre la paja extendida delante de la puerta de la enferma, él se informaba con solicitud del estado de la respetable señora, por la cual parecia experimentar una ternura de las mas violentas.

A los primeros pasos que dió por la casa se encontró con la doncella de miss Crawley muy desanimada y de peor humor que de costumbre, y luego vió á miss Briggs su acompañante, muy afligida, en el salon desierto. Una extraña presentaba en su lugar las bebidas á su querida amiga, una extraña, la odiosa miss.... Las lágrimas sofocaban la voz de la acompañante, que se veía reducida á enterrar sus afectos hollados y su nariz encerrada en un pañuelo de seda de la India.

Rawdon Crawley hizo anunciar su nombre por la doncella, y la nueva compañera de miss Crawley llegó de puntillas, tomó al oficial de la mano, y mirando con desden á miss Briggs, hizo señal al guerrero de que la siguiera fuera del salon, y le llevó al comedor entonces desierto.

Estas dos personas hablaron unos diez minutos sin duda sobre el estado de la enferma; despues de lo cual se oyó la campanilla y entró el mayordomo M. Bowis, que á decir verdad habia escuchado la conversacion por el agujero de la cerradura. El capitán salió retorciéndose el bigote y montó á caballo, no sin haber echado una mirada á la ventana del comedor donde se habia mostrado un instante para desaparecer al punto el rostro de la jóven de quien acabamos de hablar.

Adivine el lector quién era esa jóven.

Aquella misma tarde dos personas se hallaban sentadas á la mesa del comedor: mistress Firkin, la doncella de miss Crawley se fué con su señora en la ausencia de la nueva enfermera que acompañaba á miss Briggs en la mesa.

La emocion de miss Briggs era demasiado viva para que la permitiera probar un bocado.

— ¿Pero porqué no quiere verme? decia miss Briggs gimiendo; esto es lo que me esperaba al cabo de veinte y cuatro años del afecto mas tierno.

— No os lamentéis así, repuso la otra con una sonrisa imperceptible; no quiere veros porque dice que no la cuidáis tan bien como yo. No creáis que me gusta estar en pié toda la noche: ya os cederia el puesto.

— ¿Pero no la he cuidado bien tantos años seguidos? ¿Porqué ahora?...

— Ahora prefiere otra; las enfermas tienen caprichos; cuando esté mejor la dejaré.

— ¿Y cuándo será eso?

— Estará mejor dentro de quince dias, y entonces volveré á mis niñas de Crawley-la-Reina y á su madre que está algo peor que nuestra enferma. No tengáis celos de mí, soy una pobre jóven sin amigos y bien inofensiva. No pretendo reemplazaros en las buenas gracias de miss Crawley. Dadme un poco de vino y seamos amigas; os aseguro que bien necesito tener amigos.

La pobre Briggs de corazon tierno y sin hiel respondió á estas palabras alargando la mano en silencio; pero no por eso sentia menos el verse rechazada.

Al cabo de media hora, terminada la comida, miss Rebeca Sharp, que tal era el nombre de la persona en cuestion, subió á ver á la enferma, y con muchos rodeos despidió á la infortunada Firkin.

Firkin bajó las escaleras atormentada por una borrasca de celos.

¿Fué el soplo de esta borrasca el que entreabrió la puerta del salon cuando ella llegó al descansillo del piso principal? No, la abrió suavemente la mano de miss Briggs que habia estado espiando lo que pasaba.

— ¿Cómo sigue? la preguntó cuando entró en el cuarto.

— Cada vez peor, respondió Firkin meneando la cabeza.

— ¡Dios mio!

— No me ha hablado mas que una vez; la pregunté si se aliviaba, y me contestó que me callara el pico. Nunca habria esperado cosa igual.

Y corrieron de nuevo las lágrimas.

— Firkin, ¿quién es esa miss Sharp? Cuando fuí á pasar las pascuas á casa de mis buenos amigos el reverendo Lionel Delamare y su amable señora, no sospeché por cierto que hallaria una extraña en mi lugar.

— Esa mujer ha trastornado el juicio á todo el mundo, respondió Firkin; sir Pitt habria querido quedarse con ella, pero no se atrevió á negar nada á miss Crawley. Mistress Bute la quiere con extremo; el capitán está loco por ella, y M. Crawley tiene celos. Desde que miss Crawley se puso mala, siempre ha de estar á su lado miss Sharp. No comprendo cómo los ha hechizado.

Rebeca pasó toda la noche á la cabecera de miss Crawley. La noche siguiente la buena señora se durmió con un sueño tan profundo, que Rebeca tuvo tiempo de descansar algunas horas. Pocos dias despues miss Crawley se alivió tanto, que tuvo fuerzas para levantarse, y para distraerla Rebeca la dió punto por punto la representacion de miss Briggs y de su dolor. Sus sollozos sofocados, su manera de frotarse el rostro con el pañuelo, todo esto divirtió tanto á miss Crawley por la naturalidad con que estuvo representado, que la enferma recibió con alegría á los doctores, los cuales se sorprendieron agradablemente.

El capitán Crawley no dejaba de presentarse un solo dia, y Rebeca le hacia el boletín de la salud de la enferma. La convalecencia fué tan rápida, que pronto miss Briggs tuvo la felicidad de poder ver á su amiga. Unicamente las personas de corazon sensible podrian formarse una idea de las emociones lacrimosas de aquel temperamento sentimental y del carácter tierno de aquella entrevista.

(Se continuará.)

Inauguracion de la estatua de Napoleon I.

DISCURSOS.— SALIDA PARA BREST.

El dia 8 era el designado para la ceremonia de la inauguracion de la estatua ecuestre de Napoleon I en la plaza de Napoleon. Despues de oída misa en la iglesia de la Trinidad, SS. MM. fueron á la plaza indicada, recibiendo la muchedumbre con vivas al emperador, á Napoleon I, á Napoleon III, á los cuales contestaron las salvas de artillería de todos los buques anclados en la rada y de los fuertes.

SS. MM. ocuparon una tribuna, lujosamente decorada, erigida frente á la estatua, y viendo el emperador alrededor de esta á los condecorados de Santa Elena, que llevaban todos en la mano una corona de siemprevivas ó de laurel, los invitó á que ocuparan los puestos que les estaban señalados, lo que hicieron aquellos saludando á SS. MM. con las mas entusiastas aclamaciones.

Restablecido el silencio, el maire de Cherburgo subió las primeras gradas del estrado, y pronunció el siguiente discurso:

« Señor: Cherburgo es de todas las ciudades de Francia la que mas debe al imperio. La historia de su renovacion está toda ella escrita en el decreto imperial de 6 de junio de 1814, cuyo depósito se ha dignado autorizar V. M. en el pedestal de este monumento. De la era imperial data tambien el vigoroso impulso dado á esos prodigiosos trabajos, ante los cuales se confunde la imaginacion, y cuya importancia no podia caracterizarse mejor que con estas memorables palabras:

» Yo habia resuelto renovar en Cherburgo las maravillas del Egipto. Ya habia erigido en el mar mi pirámide: tambien habria tenido mi lago Meris. »

» En los limites del horizonte se ostenta majestuosa esa pirámide, asentada sobre su ancha base en el seno de las olas que van á estrellarse á sus piés: centinela

avanzado, cierra y defiende esa magnífica rada donde nuestros buques encuentran en todo tiempo un abrigo protector. Gracias os sean dadas, señor: tambien existe hoy nuestro lago Meris. Hace pocas horas, á la vista de V. M., el mar, con aplauso de la Francia entera, se lanzaba en ese vasto fondeadero formado en masas de roca que parecian desafiar los esfuerzos de la persistencia humana; pero si os tocaba á vos, señor, completar los grandes proyectos del poderoso fundador de vuestra dinastia, correspondia á la ciudad de Cherburgo erigir, como testimonio imperecedero de su gratitud, una estatua á la memoria de su inmortal bienhechor. Podremos, pues, en lo sucesivo mostrar con orgullo, aquí la imágen venerada del héroe, allí la obra mas gigantesca de los tiempos antiguos y modernos, seguida y terminada bajo los gloriosos reinados de Napoleon I y de Napoleon III. Así es que confundiendo en un solo pensamiento nuestros recuerdos y la impresion de las maravillas de que acabamos de ser testigos, resumiremos para siempre nuestros sentimientos en este grito tan nacional: ¡ Viva el emperador! »

El emperador contestó:

« Señores: al daros las gracias á mi llegada á Cherburgo por vuestro expresivo mensaje, os decia que parecia ser destino mio ver realizados por la paz los grandes designios que el emperador habia concebido durante la guerra. En efecto, no solo se terminan los gigantescos trabajos que concibiera, sino que en el orden moral triunfan hoy por el solo efecto de la razon los principios que quiso hacer prevalecer por las armas. Así vemos que una de las cuestiones por las cuales luchó mas enérgicamente, la libertad de los mares que consagra el derecho de los neutrales, ha llegado á resolverse de un comun acuerdo: tan cierto es que la posteridad se encarga siempre de realizar las ideas de un grande hombre.

» Pero atributar justicia al emperador, no podríamos olvidar en estos sitios los esfuerzos perseverantes de los gobiernos que le precedieron y le siguieron. La idea primera de la creacion del puerto de Cherburgo remonta, segun sabeis, al que creó todos nuestros puertos militares y todas nuestras plazas fuertes, á Luis XIV, secundado por el genio de Vauban. Luis XVI continuó activamente los trabajos: el jefe de mi familia les dió un impulso decisivo, y despues cada gobierno ha mirado como un deber continuarlos.

» Doy gracias á la ciudad de Cherburgo por haber erigido una estatua al emperador en los sitios que han sido objeto de toda su solicitud.

» Habeis querido rendir homenaje á aquel que, á pesar de las guerras continentales, jamás perdió de vista la importancia de la marina.

» Sin embargo, cuando se inaugura hoy á la vez la estatua del gran capitán y la terminacion de este puerto militar, la opinion no tiene de qué alarmarse. Cuanto mas poderosa es una nacion, es tanto mas respetada; cuanto mas fuerte es un gobierno, mas moderacion lleva en sus consejos, mas justicia en sus resoluciones. No se arriesga entonces la tranquilidad de una nacion por satisfacer un vano orgullo ó por adquirir una popularidad efímera. Un gobierno que se apoya en la voluntad de las masas populares, no es esclavo de ningun partido; no hace la guerra sino cuando se ve obligado á ello para defender el honor nacional ó los grandes intereses de los pueblos.

» Continuemos, pues, desarrollando en la paz igualmente los diversos recursos de la Francia; invitemos á los extranjeros á asistir á nuestras obras, y que vengan como amigos, no como rivales. Mostrémosles que una nacion donde reinan la unidad, la confianza y la union, resiste á los arrebatos de un dia, y que dueña de sí misma, no obedece mas que al honor y á la razon. »

Estas últimas palabras fueron acogidas con entusiastas aclamaciones. El emperador distribuyó en seguida diferentes condecoraciones, presenció el desfile de las tropas entre los vivos al emperador, á la emperatriz y al príncipe imperial, almorzó en la prefectura marítima con los jefes del ejército, de la marina y de la administracion civil, y á las dos la familia imperial con toda su comitiva se embarcó á bordo de la *Bretagne*, que tomó el rumbo hácia Brest, seguida de todos los buques de la escuadra que debian escoltarla hasta aquel puerto, y saludada por las salvas de despedida de la artillería de los buques y de los fuertes.

Los buques franceses que se hallaban en Cherburgo en el momento de las fiestas eran estos:

NAVIOS DE LÍNEA. — *Bretagne, Arcole, Eylau, Napoleon, Ulm, Austerlitz, Donauwert, Alexandre, Saint-Louis, Tourville, Jemmapes.*

FRAGATAS. — *Isly, Sané, Clorinde, Bellone, Poursuivante.*

AVISOS. — *Dauphin, Antilope, Pelican, Ariel, Galilee, Vautour, Chamois, Croiseur, Eugénie.*

BRICKS. — *Beaumont, Rossignol.*

CORBETAS. — *Coligny, Somme, Biche, Prévoyante, Faune.*

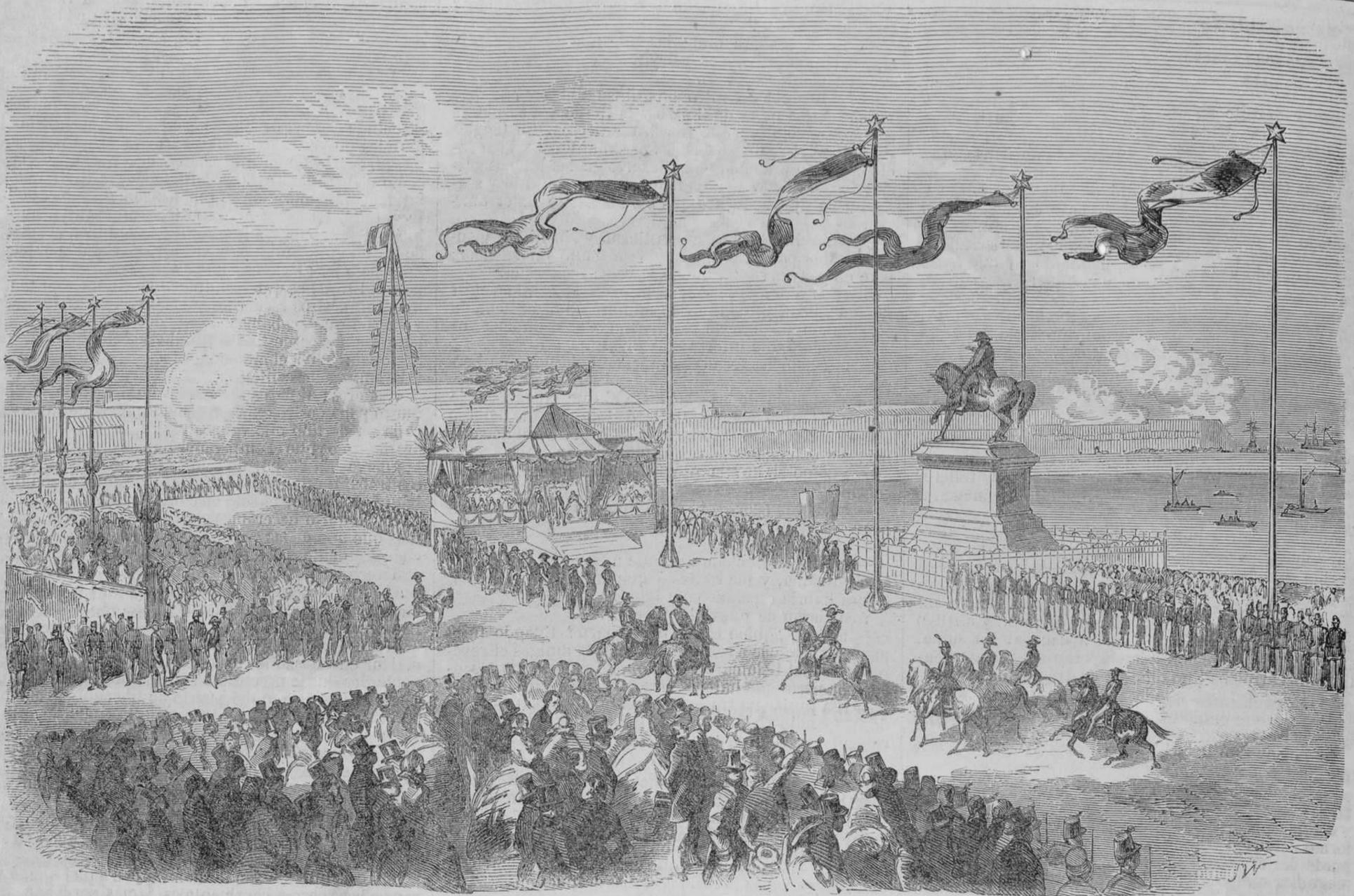
CAÑONERAS. — *Aigrette, Salminante, Arquebuse, Pou-dre, Redoute, Sainte-Barbe, Tempête, Salve.*

BATERÍA FLOTANTE. — *Foudroyante.*

BOMBARDA. — *Bombe.*

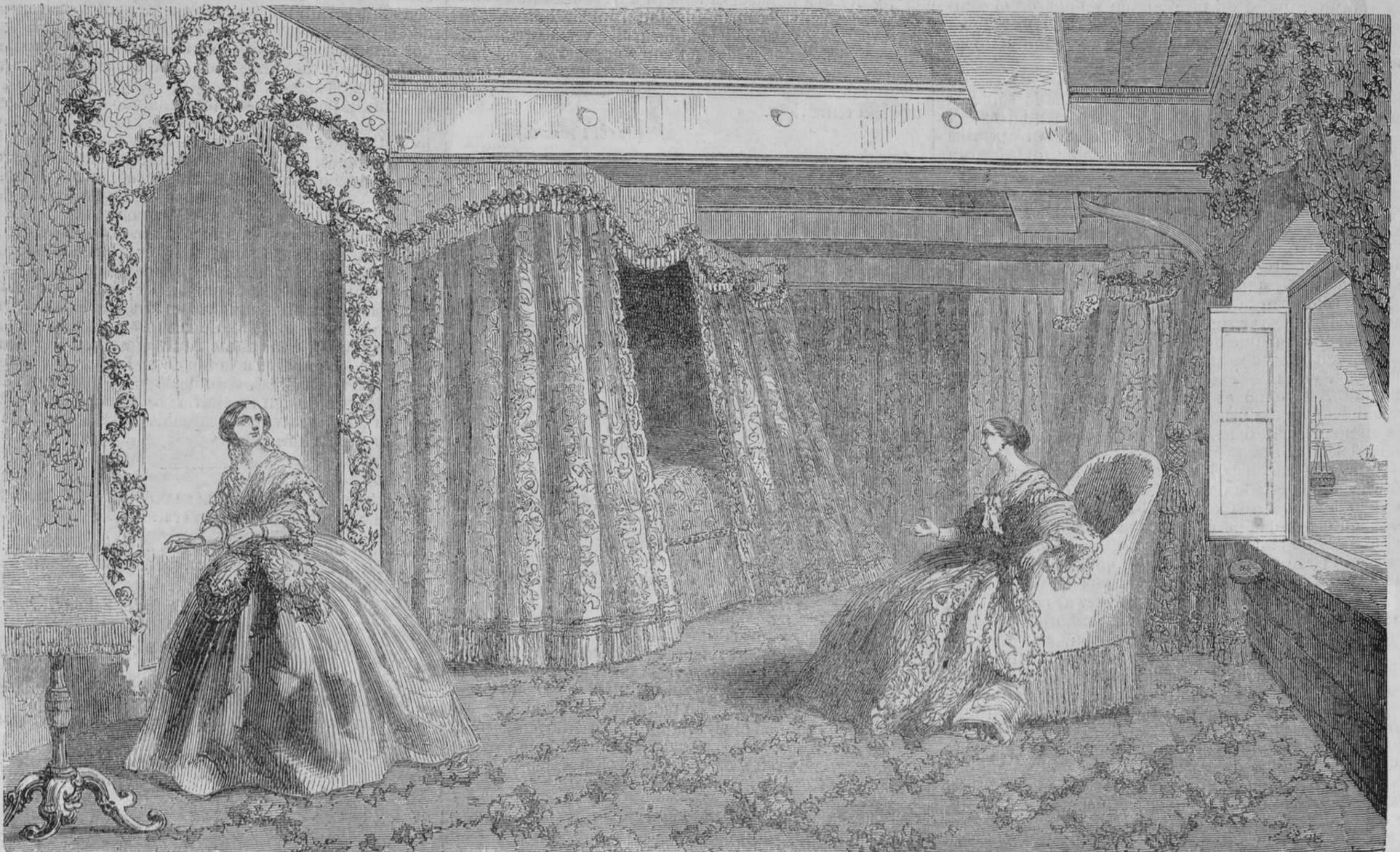
YACHT IMPERIAL. — *Belle-Hortense.*

La escuadra de la reina Victoria se componia del navío *Royal-Albert* y de dos fragatas, en medio de las cua-



INAUGURACION DE LA ESTATUA DE NAPOLEON I EN EL PUERTO DE CHERBURGO.

les estaba el yacht de la reina el *Victoria y Alberto*. El *Morning-Herald* dice que la escolta comprendia : El *Royal-Albert*, de 131, de hélice, capitán el honorable Francis Egerton ; el *Renown*, de 91, de hélice, capitán Arturo Forbes ; el *Euryalus*, de 51, de hélice, capitán John W. Tarleton ; el *Diadem*, de 32, de hélice, capitán W. Moorson ; el *Curaco*, de 23, de hélice, capitán Tomás H. Mason, y el *Racon*, de 22, de hélice, capitán James A. Pavnter.



DORMITORIO DE S. M. LA EMPERATRIZ A BORDO DE LA BRETAGNE.

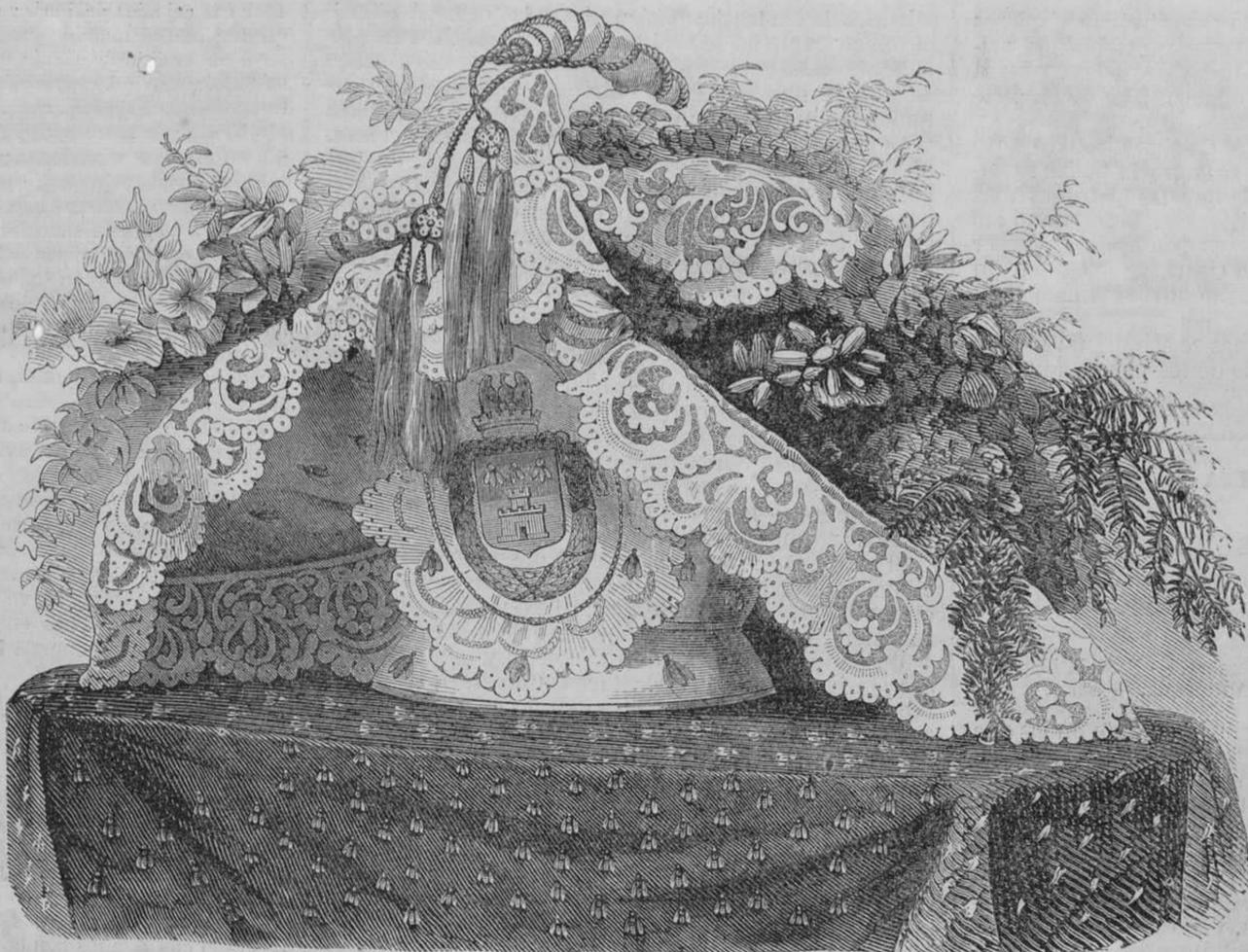
El canastillo

REGALADO POR LA CIUDAD DE CAEN.

Este canastillo no es solo una obra delicada y suntuosa de buen gusto; su contenido constituía una maravilla de la industria de encajes de la ciudad. Ricamente bordado de oro con las armas de Caen, el canastillo estaba adornado con un encaje negro y otro blanco, este último de hilo de lino, llamado del Calvados, parecido al punto francés de Argentan en la época mas floreciente de los buenos encajes.

El canastillo estaba en una bandeja que contenía una guarnición de vestido de encaje negro de la mas exquisita composición artística como dibujo, y de un trabajo tan acabado que esta perfección es verdaderamente maravillosa. El ornato de esta guarnición se compone de flores acuáticas con enlaces de conchas, de donde salen flores de relieve que parecen independientes del tejido, tanto se destacan sobre el fondo.

De la orla resalta una flor ideal que se derrama en ramilletes de variadas flores, y se halla rodeada de flores y de perlas de una disposición armoniosa, atrevida y del mejor efecto. Una cinta atravesada dibuja los contornos del modo mas caprichoso, según los pliegues que puede dar el acaso á una cinta puesta para unir. Esta magnífica composición tiene cerca de un metro de des-



CANASTILLO OFRECIDO POR LA CIUDAD DE CAEN Á S. M. LA EMPERATRIZ EUGENIA.

arrollo. La altura del volante es de 60 centímetros. La guarnición de lo alto del vestido es de una finura extraordinaria de dibujo y de trabajo.

Además hay un pañuelo con una orla magnífica y de una composición original: está formado de guirnaldas de flores que parecen pintadas por su primorosa ejecu-

ción. Las flores son variadas hasta lo infinito, y de una variedad encantadora.

El canastillo está cubierto exteriormente de bandas de raso blanco y de terciopelo blanco.

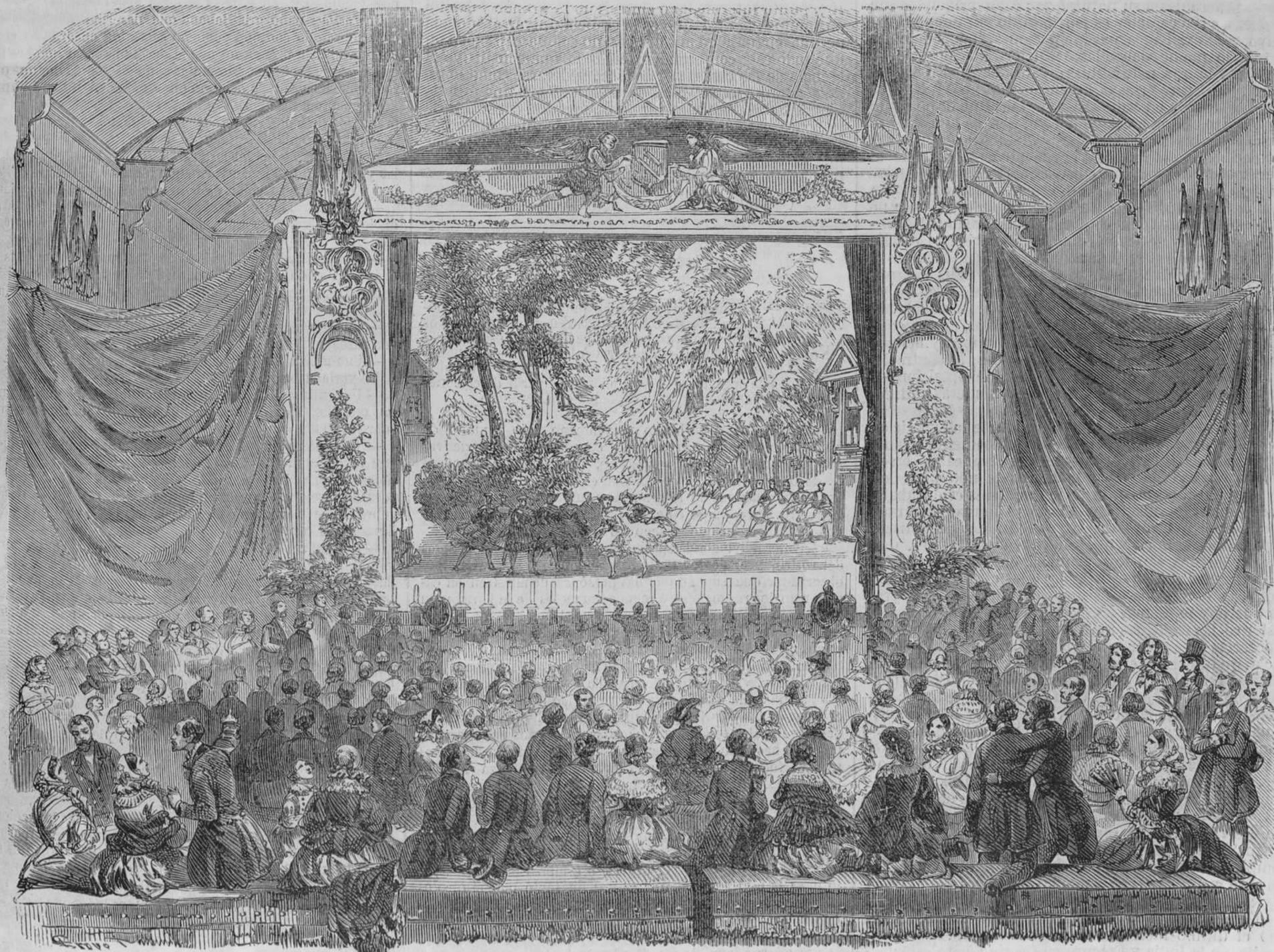
Estos magníficos productos fabricados en Caen están tasados en 50,000 francos, y este precio no parecerá exorbitante si se considera el mérito artístico que demuestra el dibujo.

El teatro

DEL EMBARCADERO EN CHERBURGO.

La compañía de los ferrocarriles del Oeste ha hecho cuanto ha podido, como hemos dicho ya, por complacer á sus convidados; durante las fiestas tuvo á su disposición un vaporcillo á fin de que se pasearan por la rada, delicada atención que sirvió mucho para acortar las horas. Además, se improvisó un teatro, y las representaciones que se dieron en él alegraron mucho á la concurrencia. El embarcadero había conservado sus adornos de banderas y guirnaldas. Un vasto anfiteatro en gradería guarnecía el fondo. El teatro ocupaba la abertura del embarcadero, y la imaginación de los espectadores debió suplir al decorador. Allí donde había un bosque era preciso suponer una sala; la ventana estaba figurada por un banquillo.

Era difícil pensar en una función seria en tales con-



EL TEATRO IMPROVISADO EN EL EMBARCADERO DEL FERRO-CARRIL.

diciones, por manera que hubo que limitarse á piezas del género grotesco. Madame Doche trabajó con el primer que la distingue en un vaudeville alegre, y en la segunda representacion leyó una cantata de M. Belmontet, que fué muy aplaudida.

Las jóvenes bailarinas del Pré Catelan ejecutaron un baile de poca invencion; pero si la gracia puede reemplazar al ingenio, no hay duda que las personas mas delicadas debieron quedar satisfechas. Debureau hizo reír grandemente en una de sus pantomimas, y por último la Plunket, artista de la Opera, desplegó en un bolero á cuatro todas las gracias de una sevillana legítima.

En cada una de estas funciones se echaba un guante entre los convidados á beneficio de los pobres de Cherbúrgo.

FILOSOFIA.

DEL DERECHO.

(Véase el número 292.)

II.

Solucion del problema de la certidumbre. — Escuela idealista. — Escuela sensualista. — Antinomia. — Série.

En todas las ciencias, pero principalmente en las que tienen por objeto el estudio del hombre y de la sociedad, reina durante el período filosófico una incertidumbre que es mas grave y trascendental á medida que nos elevamos á sus principios ó hechos generales; nacen estas vacilaciones de la naturaleza de los métodos ó instrumentos dialécticos, que para su construccion empleamos, que como ya hemos indicado, no son radicalmente malos, sino solo incompletos, y no se remedian sus faltas usando alternativa ó simultáneamente los dos, en que se resuelven todos: el silogismo y la induccion, conservando sus caracteres propios no pueden en ningun caso producir la certidumbre: el problema lógico ha sido insoluble hasta que se ha aplicado á su resolucion un nuevo y poderoso órgano.

La certidumbre consiste en que el conocimiento y el objeto sean adecuados, ó lo que es lo mismo, en la exacta correspondencia de la idea y la realidad; con los sistemas idealistas era imposible demostrar esta relacion de identidad; la razon no se supone como simple facultad, sino como un ser que tiene sus leyes ó principios propios é inherentes á su naturaleza; estos principios son las ideas, cuyo carácter es por lo tanto puramente subjetivo, y su existencia y combinaciones, independientes de todo lo que no sean ellas, las determinaciones del *yo* son para la razon infalibles; pero pueden diferir del *no-yo*, pues entre estas dos esencias ningun vinculo ni relacion existe: en vano supondremos que el *no-yo* (ó lo objetivo) es una creacion del *yo*, porque esta hipótesis no resuelve la cuestion y está desmentida por la experiencia; todo lo mas que puede afirmarse es, que el conocimiento es obra exclusiva de la razon con independencia de los objetos; pero estos existen por sí, y la intuicion, la representacion espiritual de ellos, aunque obra nuestra, será ó no conforme con la realidad. Tampoco no resuelve este dualismo, que ha sido el escollo de todos los filósofos, el suponer que el *yo* es igual al *no-yo*; la identidad absoluta es una hipótesis de gran interés en la historia de la ciencia, porque prepara ya muy inmediatamente la solucion del gran problema, pero es falsa á todas luces; el *yo* y el *no-yo*, lo *subjetivo* y lo *objetivo*, el *espíritu* y la *materia*, la *idea* y el *fenómeno*, son correlativos pero no idénticos; al contrario, la relacion que une estos términos es de oposicion, de contradiccion, y forman entre sí verdaderas antinomias.

Sería cosa tan curiosa como interesante la exposicion de la doctrina idealista recorriendo velozmente sus diversos y mas importantes sistemas, arrancando en su estudio desde Platon y Aristóteles, y llegando hasta Descartes y Kant, pero nos llevaria muy lejos este trabajo, que talvez emprendamos en otra ocasion mas oportuna, siquiera no sea mas que con el fin de popularizar estos estudios tan abandonados en nuestro país, mas que por fortuna van despertando la curiosidad de la juventud; pues si bien es cierto que las ciencias llamadas filosóficas han hecho en lo que va de siglo tales progresos que hoy no tienen mas que un interés puramente histórico las doctrinas anteriores á Hegel; necesario es conocerlas para comprender con talidad la nueva escuela, que tiene en ellas sus antecedentes y punto de partida; cosa es esta en la actualidad sencillísima, porque poseyendo puntos de vista superiores y mas comprensivos, la inteligencia y crítica de los antiguos sistemas se consiguen estudiándolos en *breves y compendiosas* exposiciones, y sometiendo á la dialéctica serial sus ideas capitales y sus métodos: para evitar digresiones, que si no inútiles, al menos no se relacionan íntimamente con nuestro objeto, exponeremos brevemente la solucion, ó mejor dicho el planteamiento del problema de la certidumbre segun los principios de la escuela sensualista, y en vista de los resultados diversos é incompletos de ambos nos elevaremos á la solucion integral de la cuestion siguiendo las infalibles reglas de la lógica moderna.

El conocimiento es la sensacion trasformada, ha dicho el último filósofo notable de la escuela que inició Kapila en la India y Epicuro en Grecia; pero esta fórmula es una expresion vacía de sentido, porque nada

sabemos de esa trasformacion ni de la fuerza ó principio en cuya virtud se verifica; si es el alma, las dificultades de la escuela idealista reaparecen en el supuesto de que le señalemos como atributos propios la espiritualidad é indivision que la hacen de naturaleza diversa y opuesta á la materia, que ocasiona las sensaciones, no siendo posible entonces relacion é influencia de ningun género entre ambas esencias; si mas lógicos suponemos que el hombre no es mas que la evolucion suprema de la materia, el problema presenta entonces nuevos géneros de dificultades, porque las impresiones orgánicas, producidas por los objetos exteriores, no podrian clasificarse; permanecerian entre sí independientes; es mas, no dejarian sino por muy poco tiempo rastros en el organismo, permaneciendo solo la última ó mas intensa, y como el carácter del conocimiento es la generalidad, y el movimiento orgánico que produce en nosotros la accion de los cuerpos en los sentidos es una cosa oscura é incomprensible, claro es que esta hipótesis no satisface las condiciones del problema de la certidumbre, y lo que es mas, ni siquiera basta á explicar la formacion de las ideas.

El fenómeno mas persistente, la observacion mas fácil de hacer en todos los órdenes del universo, es su eterno y hasta el presente insoluble dualismo. La fuerza general que gobierna el universo físico, la atraccion se descompone en dos contradictorias y opuestas, que cuando dan lugar á la gravitacion universal, se denominan centrífuga y centípeta; en los cuerpos que están bajo la inmediata jurisdiccion de nuestros sentidos, la afinidad química tendiendo á continuas descomposiciones, y la coesion ó atraccion molecular oponiéndose y equilibrando esa fuerza dan origen á las formas actuales de la materia: el fluido eléctrico se divide en dos que se destruyen combinándose: el magnético se polariza; el sonido reproduce la vibracion de los cuerpos, la vibracion es la sucesion de dos movimientos opuestos, y se comunica por las ondulaciones del aire que tienen el mismo carácter: en los seres vivos los órganos son iguales y opuestos: la vida es una série de momentos de energia y de postracion, si no la muerte seria inexplicable; por último el mundo no se concibe sin la existencia del espíritu y la materia.

Este dualismo nace de que la *idea*, que es lo que unos han llamado la *sustancia*, otros la *causa* y otros el *ser absoluto*, en virtud de su fuerza propia, de su dialéctica, se manifiesta en dos momentos principales, que son el *ser* y el *no ser*, y procede de uno á otro por un número infinito de realizaciones que constituyen el universo y que llama la escuela el *acontecer* (el *divertir*), punto intermedio ó síntesis de la grande y capital antinomia: la *idea*, que es la esencia universal, dotada de una virtualidad absoluta es, no solo la capacidad en que todo está comprendido, sino lo que constituye la esencia de las cosas y puede considerarse como lo *general*; limitada por el *no-ser* que la determina é individualizada de infinito número de modos, constituye la inmensa variedad de la creacion, en la que es por consiguiente cada objeto ó fenómeno la *idea* limitada por una negacion. Lo *general* unido á lo *particular* constituyendo lo *individual*; I=G. P.

(Se concluirá.)

A. M. FABIÉ.

Revista de la moda.

SUMARIO. — Verdades dirigidas á las mujeres por M. de Doncourt. — Opinion de Mme E. de Girardin sobre los vestidos y adornos de las señoras. — Un traje demasiado sencillo. — Novedades de otoño. — Las telas á la moda. — Un sobre todo Lovelace. — Adornos de flores. — Manteletas del día. Vestidos de organdi. — Descripción del figurin de este número que representa trajes copiados en Cherbúrgo.

Tengo á la vista un librito muy ameno bajo el punto de vista de la crítica, acerca de la excentricidad de nuestras modas. Se titula la *Verité aux femmes*, y es su autor el caballero A. de Doncourt. En esta obra se encuentran cosas que son exactas y otras que no lo son; se ve un empeño en hacernos la guerra. Me detengo en el capítulo que se titula: Los adornos hablan, en el que se leen las líneas siguientes:

«Lavater adivinaba las pasiones del corazón en las arrugas del rostro, y el doctor Gall en los bultos de la cabeza. Hay observador que supone que las personas demuestran su carácter en los rasgos mas ó menos correctos de la letra, y un hombre ilustre ha dicho: «el estilo es el hombre.» Sin querer contestar ninguna de estas observaciones, conocemos nosotros un medio mas infalible de juzgar del corazón y el entendimiento de las mujeres, y este medio consiste en analizar sus vestidos, y este medio nos ha sido revelado por una mujer.

» Por una sola ojeada sobre el prendido de una mujer, dice el autor de las «Cartas parisienses» (Mme E. de Girardin), se descubre cuáles son sus gustos, su carácter, sus maneras, sus pretensiones y sus sentimientos. Desde el sombrero hasta los zapatos todo habla, sin que la fortuna ó la pobreza cambien nada en esto. La papalina de la obrera dice todos sus pensamientos, así como el turbante de la duquesa declara todos sus proyectos. La mirada miente, la sonrisa es páfida, el adorno no engaña jamás. Hay adornos humildes llenos de orgullo y adornos ricos llenos de modestia. Esto merece explicacion. El adorno humilde puede ser orgulloso á fuerza de sencillez, si lo lleva la mujer de un millonario; en tanto que el otro es modesto llevado por la señora de un empleado subalterno que quiere presentarse con decoro en casa de la señora de su jefe.

» El adorno humilde me dice lo siguiente:

» Tengo un millon de renta, el palacio mas hermoso y los

mejores caballos de Paris; mis diamantes han producido su efecto, todo el mundo conoce mis pederrias; la otra noche llevé un vestido de encaje que causó admiracion á todas las mujeres; hoy quiero probar que puedo producir mucho efecto en un salon sin esas maravillas.

» El adorno costoso declara que la que le lleva se ha impuesto grandes privaciones por hacer honor á su marido.»

Si he citado este pasaje de la obra de M. de Doncourt, es porque opino lo mismo que Mme E. de Girardin. Hay prendidos que á fuerza de sencillez son insolentes, y en prueba, hé aquí este ejemplo: cierta señora al saber que iba á encontrarse en un baile con todas las reinas de la moda, se puso un simple vestido blanco de muselina bordada. Este traje que habria pasado desapercibido si se hubiera parecido á todos los demás, fué muy notado; los hombres dijeron que era precioso, y las mujeres por el contrario le hallaron insolente y ridiculo.

Ahora vamos á tratar de novedades de otoño. La fabricacion lionesa ha hecho maravillas para las estaciones de otoño y de invierno. Hé aquí la enumeracion de algunos vestidos:

— Un vestido *Magicienne* muy artístico representando anchas columnas de fondo blanco sobre fondo azul celeste de gró de Tours. En el fondo azul serpentea una guirnalda de terciopelo rizado y de terciopelo liso. En el interior de la columna sobre el fondo blanco se ve un ramillete de terciopelo miniatura Pompadour. Las columnas están separadas por una galeria á terciopelo epinglé blanco orladas de hojitas en miniatura verde y blanco.

— Un vestido Pompadour moldavo sobre fondo de raso color de castaña con ramitos de flores.

— Otro en el mismo estilo, fondo de color y con florecillas.

— Un vestido *Valot de trefle*, fondo bazinikoff, fondo pensamiento nuevo, ilustrado de *trefles* (tréboles).

— Un vestido *Sacountala*, fondo lila emperatriz con dos grandes volantes formando doble falda, enriquecidos con motivos artísticos de bordado blanco y lila, representando la fuente de Apolo en el palacio de Versailles.

— Un vestido Archiduquesa de terciopelo color de castaña, ilustrado con dibujos blancos sembrados artísticamente.

— Un vestido terciopelo morisco fondo gró de Tours con un liston de terciopelo epinglé sembrado de florecillas de terciopelo que suben en relieve.

— Un vestido flor Margarita compuesto de bandas alternadas pekin y terciopelo otomano.

— Un vestido terciopelo de Malta color de castaña con anchos cuadros ilustrados de crucecitas de Malta.

Esas son las primeras telas que se han visto, y ellas darán una idea del género y de la rica sencillez de las novedades del invierno.

Las manteletas son prendas anchas y flotantes, medio alboroz, medio capa. Hé aquí el modelo mas elegante:

Un *Lovelace* paño gris Habana que describe una especie de capa sobretodo con una pequeña esclavina cuadrada y rizada con cinta. Esta prenda no puede describirse; su nombre indica su gracia: es para una mujer coqueta y elegante que quiera hacer valer su talle ocultándole á medias.

En cuanto á los adornos de flores que el otoño dedica á los prendidos de baile, citaremos algunos de los mas escogidos.

— Una guirnalda Watteau de cactus color de rosa representando un lazo de verdura en lo alto de la cabeza, con hojas y yerbas á la derecha formando pluma caída sobre el hombro y dos cactus color de rosa con botones á la izquierda.

— Una guirnalda de Czarina formando sobre la frente una diadema de semillas encarnadas con flores y semillas á los lados.

— Una guirnalda Alejandra con un bandó de semillas negras reteniendo á la izquierda un lazo de ramitas de semillas con yerbas verdes y racimitos negros, en tanto que á la izquierda se abre una gruesa amapola.

— Una guirnalda Mignon de miosotis prendida por detrás con rosas té.

— Una guirnalda Indiana de jazmin de Virginia redonda con hojas variadas de colores.

— Una guirnalda Diana de flores de tabaco blanco con musgo, que describe dos medias lunas de flores reunidas en punta sobre la frente con hojitas muy ligeras.

— Una guirnalda Moscovita de forma redonda reproducida con follaje natural y follaje de terciopelo verde, con grandes hojas de perlas blancas y filigrana de oro á la izquierda y una rosa de terciopelo verde en lo mas alto. Cae por la derecha sobre el cuello acompañada de hojas de perlas blancas y de filigranas de oro.

— Una guirnalda Emperatriz con hermosas rosas por un lado, y por el otro follaje y bolitas verdes y blancas. El ramillete de cintura representa un grupo de rosas con las mismas bolitas. En las mangas otros dos ramos diminutos. Para la falda un broche á la derecha colocado un poco alto, y otro á la izquierda colocado mas abajo. Estos dos broches van reunidos entre sí por un largo cordón de hojas y de botones.

Mientras me llegan otras noticias oficiales de la moda, voy á señalar algunos vestidos que las parisienses llevan en los baños de mar.

— Un *Cabourg* de paño ligero rayado blanco y malva orlado con un ruló de terciopelo negro y rizado de terciopelo negro. Tambien se hace de terciopelo castaño, azul y verde.

— Una *Bretonne* de cachemira con rayas blancas y negras orladas de terciopelo negro y de un rizado de cachemira purpurino.

— Un vestido de organdi con rosetas bordadas color de malva imitando un lacito Watteau que sostiene una margarita blanca bordada. Este vestido tiene dos grandes volantes fruncidos guarnecidos cada uno con un rizado alto y con una puntilla de guipure nieve. Cuerpo con cinturón de cinta malva escotado á la Dubarry, con rizado al rededor y mangas con dos volantes.

— Un vestido de muselina fondo blanco con dibujos azul de China y dos pequeños volantes con puntilla de Valenciennes. Cuerpo escotado con cinturón de hebilla de oro y de turque-

sas. Fichu canezu que remata en punta por delante y por detrás se prende en el cinturón. Mangas rizadas con dos pequeños volantes.

— Un vestido de organdi sembrado con una lluvia de almendras color de violeta y un gran volante fruncido á la Luis XV, que forma la primera falda; la segunda va dispuesta en túnica. El volante y la túnica llevan por adorno un pequeño falbalá Luis XV dispuesto en volante con un rizado encima señalado por un terciopelo violeta. El cuerpo escotado lleva una orla de Valenciennes y un terciopelo violeta. El fichu María Antonieta escotado ligeramente lleva un falbalá en armonía con el falbalá de la falda. Por cinturón cinta rayada blanca y violeta (la cinta á la moda). Mangas afolladas y anchas fruncidas en el puño con jockey de muselina y un falbalá que cae sobre lo alto de la manga.

Concluyo con la descripción de nuestro figurín que representa bonitos trajes copiados en las fiestas de Cherburgo.

El primero es de color de rosa. Se compone de un vestido de tafetan de siete volantes, de los cuales el último forma basquiña en torno del talle. Cuerpo escotado con fichu de encaje rayado de listas de terciopelo negro. Por detrás lazo de terciopelo negro con largas puntas flotantes que caen como un cinturón de pequeña pasamanería. Dos lazos de terciopelo negro forman el fichu.

Tocado de follaje y de perlas de oro sembradas en el tocado. Abanico Watteau. Brazaletes de oro con medallas de pelo; zapatos de tafetan color de rosa con afollados de cinta.

El segundo traje es de tul de doble falda con florecillas bordadas. La primera falda que lleva un ancho rizado, se abre por los lados y se levanta á la Pompadour. Mangas á la Magicienne. Cuerpo fruncido y escotado con tirantes de cinta azul que se cruzan por un solo lado y caen en dos largas puntas. Collar de diamantes montados en oro. Fondo ninfa, de forma redonda, de rosas blancas sin hojas verdes. Abanico de Duvekeroy. Brazaletes ricos ilustrados con diamantes.

El tercer traje es de gasa color verde con tres faldas adornadas de lazos de gasa que recogen las faldas en ondas vaporosas. Cuerpo escotado con drapería de gasa y guarnición de fleco. Tocado de rosas separadas con lazos de verdura.

El cuarto traje es de gasa color de malva sobre transparente de seda malva, con volantes de encaje negro. Albornoz de encaje negro con un capuchón fruncido. Tocado de follaje con largas cintas y cuentecillas encarnadas. Aderezo de coral.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

FRAGMENTOS DE UN VIAJE.

MILAN.

La Lombardia es una de las comarcas mas hermosas de la Italia: los Alpes tienen un aspecto menos salvaje aquí que en otra parte; el Adda y el Tesino van serpenteando en la llanura; los lagos reflejan en su seno las nieves de los montes y los naranjos de los valles. Cien y cien pueblos á cuál mas grande y mas antiguo se suceden los unos tras los otros, y el viajero no lanza en vano su mirada en torno suyo: un blanco muro que se eleva al borde de algun rio, una aguda torrecilla cuya veleta resplandece á la distancia, nos dicen que no vamos caminando por medio de un desierto.

En nuestros días no tienen fama esas magníficas ciudades de la edad media, y sus nombres mismos son casi ignorados para muchos. Florencia, Nápoles y Roma son de tal manera grandes, que á su lado los demás pueblos de la Italia se oscurecen y se esconden, no teniendo que decir al viajero cosas tan inmortales como aquellas. No dejan sin embargo de causar cierto interés los viejos muros de Vicencio, de donde no se han borrado todavía las huellas de Alarico, y en donde los soldados de Atila han dejado escritos sus terribles nombres.

No interrumpe su jornada el caminante, y es mucho si se digna echar una mirada á sus costados: nadie le ha dicho sin embargo que no entrase á descansar bajo los árboles de Brescia, ni que sus numerosas fuentes no mitigaran su fatiga. Julio César la encontró bastante grande, pues que sus habitantes fueron inscritos en una de las principales tribus de Roma, y no fué sino á las orillas de su extendido lago que andaba suspirando el amoroso Cátulo.

¿Y esa Verona melancólica y adusta? En vano se escapa de su monte el bullicioso Adige y viene á acariciar alegremente sus murallas: él corre por un lado y se revuelve, forma un recodo y despues otro, y siempre murmurando en torno de ella parece querer arrancarle una sonrisa; la antigua reina de la Italia se mantiene siempre triste, porque se acuerda siempre de su esplendor pasado, y porque nunca deja de pensar en su condición presente. Bien quisiera yo trasportarme á aquellos tiempos para ser un convidado á los festines de aquel hombre misterioso, de aquel terrible Can que se llamaba el Grande. Tal vez en esa córte hay algo de sombrío, porque es cierto que tambien el Dante venia á sentarse en los sillones del palacio saliendo de su salvaje y triste Gargagnano: esa sombra tenebrosa que acababa de hacer su excursión á los infiernos, debia causar mucho recelo; pero justamente no es por otra cosa que yo ambicionara introducirme en esa sociedad augusta.

Hubo un tiempo en que Verona fué la capital del reino de la Italia: Carlomagno hizo de ella la morada de sus descendientes; una brillante córte se entretenía en sus palacios; el pueblo vivia alegremente con sus reyes. Pero Ezzelino ha dejado tambien memorias espantosas; su nombre y el de los Scaljeros son los tristes recuerdos de Verona. Esas torres que de trecho en trecho se levantan sobre sus murallas; esos bastiones, esos palacios, esas Arenas, no son mas que restos de la prepon-

derancia antigua de la ciudad mas triste y mas oscura en nuestros días.

No te detengas, viajero, si viniste solamente por cambiar el teatro de tus gozes. Dicen que Padua es tan antigua como Troya, y que Antenor vino á fundarla saliendo de entre las cenizas de su pueblo destruido; ¿son estas cosas que te importan? Aquí no hay espectáculos, no hay músicas, no hay danzas; el camino de Paris está por otro lado.

Y pues que ya me encuentro á las puertas de Venecia me vuelvo sobre mi camino: ya fué bastante larga mi visita, y si vuelvo á entrar en ella, temo quedarme apasionado por la vida. Veré rápidamente los muros bergamesos, y echando una mirada á las curiosidades de la antigua Etruria, quiero ir á reposarme á la sombra de los bosques de Milan.

La primavera empieza ya á vestir los árboles, el suelo se cubre de verdura. Al pié de mi ventana hay un sauce que se eleva hasta que yo pueda tocarle con la mano. en torno suyo se agrupan varios mirtos y naranjos, entre los cuales van serpenteando las venas de la parra. Cuando las hojas se secan, las aves no tuvieron sombra para formar sus nidos, y se fueron no sé adónde; pero ya que el tiempo vuelve, comienzan tambien á volver ellas. Cuando alzo mi cortina para ver cómo aparece el sol tras la mas alta y mas nevada cumbre de los Alpes, encuentro siempre el bullicioso mirlo que me despierta en la mañana: al verme se sorprende, salta á un árbol, despues á otro, y va á esconderse bajo la hoja la mas ancha del viñedo; mas yo que le sigo con la vista, descubro su ala cenicienta por entre el mal entretejido de las ramas, y arrancando un capullo del rosal que crece en mis balcones, le acometo y le lanzo mi oloroso proyectil; pero el golpe fué inseguro, mi presa subió de un salto á la mas alta rama, cantó su triunfo en un acento rápido, y fué á refugiarse en el cercado del vecino.

¡O sol! ¡no es necesario tanta pompa para deslumbrar mi vista! Poco antes pude gozarme en el magnífico espectáculo, porque la nieve de la montaña no brillaba todavía; mas ¿porqué estoy obligado á volver mis ojos al Poniente? Ese no es algun misterio, mas tan solo aquella luz es muy viva para mí. El alba y el crepúsculo son las horas que mas amo; nada me impide entonces tornar mi frente á donde quiera, y lanzar orgullosamente mi mirada mas allá del horizonte. Por eso es que siempre me adelanto al día: cuando el primer rayo viene á teñir las nubes del Oriente, ya me encuentra parado sobre alguna altura. Me agrada esa luz tierna, esos contornos de los montes, esos colores vagos, ese silencio de la aurora. El corazón no está triste entonces; parece que tras ese jaspeado de blancas y doradas nubes vamos á descubrir alguna sombra amada. La luz es la esperanza para todos.

Las horas matinales son tan frescas, y tan puras son las áuras que descienden del collado! El ánimo está alegre, el cuerpo está ligero: si se estudia hay mas memoria; si se piensa hay mas talento. Es verdad que las penas se mitigan en esta hora, y yo creo que la ausencia del dolor es un verdadero mal para el hombre; pero en fin, si este corazón tiene tantos siglos para sufrir, que tenga á lo menos un momento para descansar.

Yo sé mil de estos misterios: —

En la noche, velando entre las sombras, con el corazón oprimido, con el espíritu inquieto, con la cabeza vacilante: la imaginación llena de tristes concepciones, el alma llena de deseos tristes: ni pasado, ni presente, ni porvenir: vehemencia sin objeto, amor sin esperanza: suspiros, palidez y llanto. Pasó la noche: el curso de la luna por el cielo nos hizo dormir quizás bajo influencias menos tristes. Las aves cantan en las ramas, las nubes se coloran, el sol va á presentarse tras la cima de aquel monte: ¿es posible que el hombre esté triste alguna vez? El corazón palpita lleno de esperanzas, nuestra felicidad está á dos pasos: ¡qué memorias tan dichosas! ¡qué risueñas pretensiones! Es verdad que se lanza algun suspiro, pero es para mandarlo envuelto entre las brisas matinales, allá donde será recibido ansiosamente....

En avanzada noche habrá tal vez alguno visto como una brillante estrella se arranca de su puesto y pasa raudamente á sumergirse en una region oscura: ¡eh bien! la alegría de mi corazón es mas fugaz que ese meteoro.

Todos saben que las cosas no son duraderas en el mundo, pero nadie podria decirme que el dolor no tiene larga vida. Los compañeros, los amigos son ingratos casi siempre; pero á él no le gusta abandonarnos, y si alguna vez se ausenta, se vuelve mas solícito á nosotros. Eh bien, sombrío huésped, tu sociedad me agrada, y pues que me enseñas tantas cosas, puedes hacerme compañía tanto tiempo como quieras.

Mas ¿porqué es esta tendencia á buscar palabras tristes? Su sentido no es muy fácil para todos, y son raros y muy raros los que gusten de entenderlas. Así fué como una tarde, paseando á las orillas del canal mas solitario de Venecia, percibí un concierto melancólico que sonaba no sé en donde: eran dos arpas y dos voces, tan bien acompañadas y tan tristes, que era muy fácil ver por ello que el dolor las manejaba. Vino un hombre, y al oirlas alzó apenas la cabeza, pero no detuvo el paso; vino otro hombre, y pasó como si nada hubiera oído; otro vino, y este no hizo mas atención que los primeros. Entre tanto yo sufría, y estaba como buscando algun acceso á esa morada misteriosa, para ver si era posible algun consuelo á esos tristes corazones.

Quiero decir, que si el hombre se goza alguna vez en la alegría de otro, casi nunca se entristece con sus pe-

nas; ¿para qué pues hablarle de ellas? Pero yo soy como el arroyo que se desliza suspirando por su cauce conocido; si se quiere que vaya de otro lado, preciso es ponerle un dique que detenga su corriente. Un esfuerzo de mi parte misma podria tambien quizás serme bastante. Yo sé que todo va mezclado en esta vida: quien no quiere variar nunca, no tenga pretensiones. Hay un lenguaje triste que es agradable al que lo expresa; pero no todos se encuentran en el mismo estado, y ni lo entienden ni lo estiman. Y como por otra parte yo no estoy aquí para hacer mis confidencias, quiero contar lo que he visto en mi viaje, quiero decir alguna cosa que interese mas que mis secretos. Y me sostendré en mi idea de tal modo, que hasta seré capaz de referir algunos de los curiosos lances que me pasan cada día en medio mismo de la existencia tan huraña y retraída que ordinariamente llevo. Si puedo salir bien alguna vez por este lado, no sé; yo no lo creo; pero es cierto que á mis solas no dejo de reirme grandemente acordándome de alguna de esas cosas... y en tanto que espero las lágrimas y el silencio de la noche.

Nos hallamos en Milan, y es de mañana. Las campanas del Gran Domo se agitan sobre las pirámides, la bandera imperial ondea en las alturas, una banda de pistones está rugiendo gravemente en el pórtico del templo. Es un solemne día, la fiesta mas solemne está por celebrarse. Desde luego he paseado mis miradas por las inmensas bóvedas, y nunca he podido calcular una medida á sus contornos. ¡Qué espacio! ¡qué recinto! ¡qué misterio! Han sostenido muchos que el Domo de Milan es la mas grande maravilla de estos tiempos: verdad es que llena de admiración y de respeto cuando se le mira; pero yo nada diré de él hasta no haberlo visto á la hora del crepúsculo, entre el silencio de las naves, la cera moribunda de algun altar oculto, y un anciano desgraciado que llora silenciosamente al pié de un crucifijo. Esos rayos de luz verdusca ó amarilla que penetrando por los pintados vidrios se desliza por el oscuro espacio; esas columnas pálidas é inmensas, esas estatuas abatidas con la melena cayendo sobre el rostro, deben causar algun efecto extraño, allá cuando la luna nos traiga su silencio y su tristeza. Yo espero esas impresiones así como se espera alguna triste prueba, así como se espera una noticia dolorosa. Ahora hay grandes aparatos, hay música sonora, hay gente demasiada: no son estas cosas que me hacen sentir ni que me inspiran.

Me he puesto al frente de una colosal estatua, y estoy viendo pasar un obispo y otro obispo, á cual mas gordo y colorado. Tres heraldos de librea encendieron tres ciriales, y tras ellos marcha una agrupada tropa de cerquillos y tonsuras: cien prevendas medio ocultas en un ropon inmenso, y un batallón de capellanes con el bonete militarmente inclinado hácia la oreja, pasan los unos tras los otros, mas bravos que si fueran á la guerra; sin embargo, parece que muchos de ellos tienen que luchar con una porfiada risa, porque con frecuencia llevan á la cara su pañuelo, ó tosen y estornudan sin que llegue el caso: sus operaciones les divierten á ellos mismos; á lo menos, así lo dejan sospechar. ¿Pero adónde fué la augusta tropa? Por allá se entretuvieron echando bendiciones, caracolearon á derecha é izquierda, y se volvieron á sus puestos blandiendo sus asperjes.

¿Qué significan estas cosas en el templo del Señor? Una música apagada, un canto melancólico, una oscuridad y un silencio... fueran la solemnidad mas digna en un teatro como aqueste: en él no deben verse escenas de riqueza, de risa ni de orgullo, ¡oh no! A mí me gusta elevarme sobre todas estas cosas... En prueba de ello, pueden verme ya medio perdido entre este bosque de pirámides y flechas que se levantan sobre el Domo. He subido cien escalas; me encuentro en medio de un Augusto pueblo de arcángeles y santos: mil y mil estatuas se reparten en esta especie de ciudad aérea, y hasta los héroes tienen ahí su puesto; si, fué Bonaparte el que ví alzarse sobre una aguda flecha; dos ángeles le custodian á los lados, y él está lanzando una mirada incomprensible mas allá de los espacios.

Yo nunca me canso de subir: heme sobre la pirámide mas alta contemplando el inmenso panorama. La llanura de la Lombardia se presenta en toda su extensión con sus bosques y sus lagos; los Alpes coronados de una blanca nieve están brillando á la distancia; la ciudad se extiende en torno mio; los hombres no son mas grandes que un insecto. Pero el norte es mas frio é impetuoso en las alturas; los lagos y los rios resplandecen y deslumbran mi fatigada vista: preciso es que ya descienda.

No será esta la única vez que diga alguna cosa sobre este magnífico monumento, sobre esta montaña de mármol y de ricas piedras que guarda tantos y tantos objetos de perfección y de valía.

Pero ya que he descendido, preciso es que tome algun camino. Si en Milan hubiera ruinas, no me dirigiera hácia otra parte: me gustan esos arcos cenicientos que en Nápoles y Roma iba encontrando á cada paso, y ninguna sombra me parece mas fresca y agradable que la que me han dado esas ancianas bóvedas. Un ave solitaria que canta medio oculta detrás de la cornisa, la violeta que ha nacido entre las grietas, el rayo de luz que cuele por la abertura de las piedras, el verde musgo, la soledad y el silencio; todo forma un conjunto tan triste y tan simpático, que uno se acostumbra fácilmente á esas visitas silenciosas, á esas excursiones que uno emprende á los contornos de las grandes ciudades de otros tiempos. Es verdad que aquí tambien

madrugo siempre, pero no es para remontarme á la Sabinia preguntando á los pastores por los escombros de la casa de ese antiguo Horacio, ni para ir galopando en mi caballo negro por las llanuras de Pouzsoles hasta dar con las columnas de Serapis. Aquí todo es moderno: la ciudad tiene un cierto aire de juventud y de frescura; sus paredes no han sido ennegrecidas por los años; sus árboles no ostentan un grueso y carcomido tronco. Atila mandó que fuese destruida, sus soldados obedecieron inmediatamente; ¡crueles! y la destruyeron de tal modo, que apenas sería posible dar con un vestigio de sus antiguos templos. Por su parte, Federico Barbaroja vino también con sus falanjes, y fué en vano que la ciudad de la llanura quisiese contenerlo: cien veces bajó de sus montañas blandiendo una encendida mecha, y cien veces trajo á Milan el incendio, la sangre y las ruinas! Las historias de los pueblos son todas de guerras y desastres; ¿pero habrá alguno que tenga que llorar mas calamidades que este? Los güelfos y los gibelinos aquí tuvieron su principal teatro: emperadores de Alemania y pontífices de Roma, cada cuales ansiaban mas y mas la valiosa presa, y todos la despedazaban por su lado. Luego hay que contar también con esas familias infernales, que cada una queria hacer de su casa una dinastía, y para esto no hesitaba en los medios mas infames. ¡Los Torreani, los Sforza, los Visconti, nombres de infeliz memoria que inspiran miedo á la posteridad! Y sobre todo los asesinatos de los últimos, sus filtros y venenos, sus astucias y perfidias, sus engaños y traiciones les han dado una celebridad terrible.

Pasando de mano en mano, de una época en otra época, viene por fin Milan á creerse libre por un momento. No la sigamos en sus guerras de la *liga lombarda* ni de la *santa liga*; pasemos por los tiempos de Juan Galeas y de Luis el Moro, porque esas son cosas muy largas de contarse; pero vengamos á encontrarle ya casi en nuestros tiempos bajo una apariencia de libertad y buena suerte. El Campo-Formio es para ella de una feliz memoria; pero ¡qué memoria de dicha tan fugaz! La república cisalpina duró lo que dura siempre la libertad que conceden los tiranos, y no es mucho que desde entonces se mire flotar en las alturas el orgulloso pabellon del Austria.

Si... ¡yo lo diré quizás alguna vez! Pero necesito un grande espacio para indignarme contra las cadenas de este hermoso pueblo. Yo sé mil y mil cosas sobre aquella córte pérfida: su política es antipática para todos, y para mí no habria términos bastantes con que decir cuanto de malo puede decirse de ella. Si aquel inocente

pájaro del ala blanca y la voz dulce se viera entre las garras del asqueroso cuervo, ¿quién no se sentiría lleno de lástima y de indignación? Cuando me acuerdo que estoy andando por estos desgraciados países, me acuerdo al mismo tiempo de las anchas y libres regiones de la América. Antes de haber salido de ella, noso-

bia usurpado los dominios de otro monarca menos fuerte. Ser el libertador de un pueblo es un destino muy glorioso; pero ser el regenerador de los perdidos sentimientos, es mas glorioso todavía. Las fuerzas de muchos individuos son superiores á las de uno; ¿porqué pues se contentan con estar gimiendo ocultamente?

Esas lágrimas son las únicas que yo desprecio. Mas si principio con esta clase de discursos, seré mas largo de lo que puedo serlo ahora. La Italia tiene para mí muchos aspectos: bajo los unos es hermosa, bajo los otros es odiosa; pero el último resultado es que yo la amo, y que alguna vez escribiré sobre ella.

Cuando he vuelto de mis largas excursiones me siento fatigado, y en tanto que descanso puedo apenas trazar estos borrones. No habiéndome sido imposible, yo habria hecho un viaje agradable y provechoso; pero en tan medidas circunstancias, mayor ha sido la fatiga que otra cosa. Bien es verdad que mis goces son de tal manera que yo puedo encontrarlos en donde otro no los halla; pero es también verdad que para ir por el desierto las caravanas se aseguran de las providencias necesarias; si se les agota en el camino, se miran

contrariadas, porque ni los hermitaños de Tebaida han llegado á nuestros dias. De ahí es que no pueden reposarse largo tiempo en los oasis, ni pueden detenerse á ver cómo se esconde el sol tras la lejana cordillera.

Pero según me acuerdo de lo que estaba hablando, he torcido insensiblemente mi discurso. Dije que en Milan no habia ruinas; y al bajar del alto Domo no supe con qué rumbo debía dirigirme. Aquí no hay grandes cosas que atraigan la atención del viajero. Nuestros pasos no retumban cada dia en los mármoles de otro grandioso peristilo, ni estamos andando confundidos por esos palacios llenos de antigüedades y riquezas. El museo mismo vale poco, y lo ví con cierta compasión al acordarme de las Pinacotecas de Roma y de Florencia. De cuando en cuando se encuentra por las anchas calles un palacio de la fachada colorada, entre el lujo de cuyos interiores habita acaso la alegría... Pero no puede verse de ellos mas que las fuentes y los árboles, porque sus dueños egoístas temen que el extranjero vaya á meter la inquietud en sus hogares... contando historias y bellezas de su patria...

Pero es un gusto andar por estas anchas y limpias avenidas, encontrando á cada paso una figura esvelta que arrastra un largo traje oscuro, y pasa majestuosamente haciendo brillar detrás del velo los ojos mas grandes y mas negros de la tierra: es cierto que ellos me agradan solamente por los recuerdos que me traen; porque aunque todos digan que en Italia están las mujeres mas hermosas, yo hasta ahora no he visto alguna que pudiera ambicionar sino el segundo puesto... La primera está muy lejos, y ella sabe muy bien que es cierto lo que digo. — Luego se va á las alamedas, se invaden los jardines, y se escucha la música que suena en torno de una fuente cuando el sol ya va á ponerse. Si no hay aquí cosas antiguas, ni el arte tiene grandes obras, la naturaleza es bella y de un aire tan simpático, que de ningún modo puede uno arrepentirse de haber venido acá. En cuanto á mí, yo tengo muchas cosas que me dejarán recuerdos; tal vez las contaré algun dia. Pero esa excursión al lago Como, esa navegación casi mitológica, viendo dorados peces á mis plantas y cogiendo azahares en la márgen, es demasiado hermosa, y voy á guardarla en mi memoria, así como se guarda la rosada almendra para echar por ella cuando esté suave y derramando azucaradas gotas.

Y á todo esto, he dado apenas una idea de Milan; y no siéndome posible ser mas detallado, quede para tiempo mas propicio el contar mis impresiones de la Lombardia. Por ahora, prosigo mi viaje, y si ha habido algun amigo que me siga hasta este punto, espere los recuerdos que le mandaré del Piamonte.

JUAN MONTALVO.

Milan, 30 de marzo 1858.

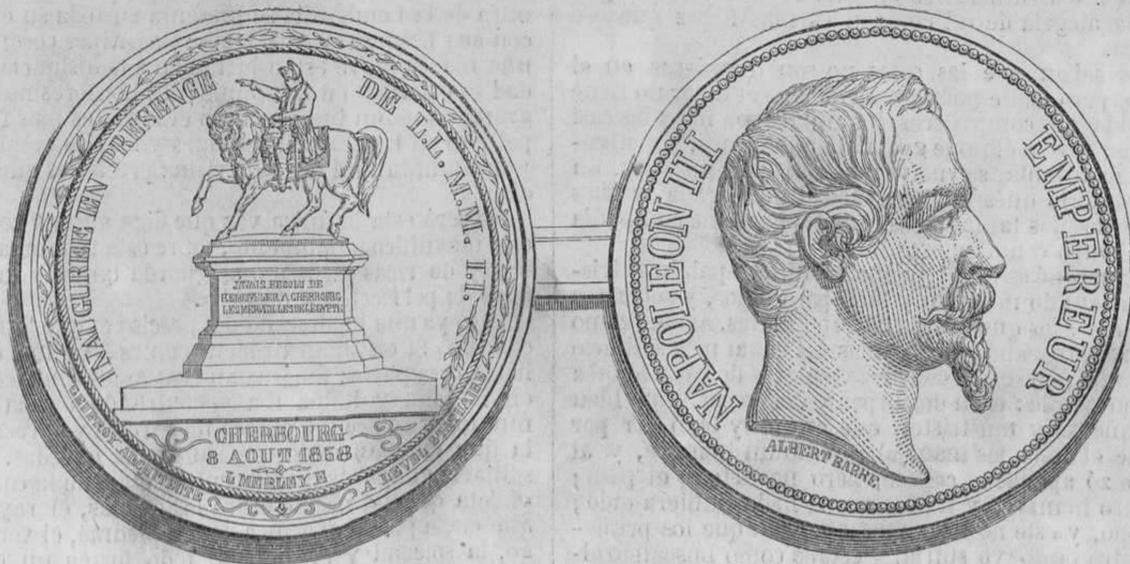


EL GRAN DOMO DE MILAN.

tros también nos quejamos de no sé qué ilusoria tiranía. Es verdad que algun soldado va arrastrando orgullosamente su largo sable por las gradas del palacio; pero bien saben los ambiciosos que sus límites están prescritos...

Cuando á la hora del crepúsculo emprendo mi paseo á la colina, no pienso en otra cosa que en esas nubecillas que van errando por el cielo: mis recuerdos son amantes, mis ambiciones no salen de una cierta esfera... Entonces me parece que soy indiferente á las glorias y las penas de los pueblos, y que nunca podré decir una palabra sobre su política ó su suerte. Pero en los momentos reales de mi vida, si veo una nación entera prosternada ante un solo hombre y obedeciendo á sus caprichos, mi entusiasmo se despierta de repente, y siento rodar en mi cabeza mil y mil ideas de justicia...

Me gusta entretenerme con las flores del cercado, y cuando subo á alguna altura, siempre tomo la rama la mas verde del olivo: mezclo mi voz al viento de la tarde repitiendo algun verso enamorado, y me lanzo por el llano tras el inquieto potro blandiendo mi símbolo de paz. Pero hay momentos en que mi corazón es una hoguera: no ansío otra cosa que una lanza y un escudo, y corro á mezclarme entre los torbellinos de esa revolución sublime... Así corrían por las faldas de Inistona los soldados poéticos de Osian en busca de algun tirano misterioso que tenia cautiva alguna vírgen, ó que ha-



MEDALLA CONMEMORATIVA DE LAS FIESTAS DE CHERBURGO